



Cuentos
Venezolanos



CARACAS.—1916

WJ PQ 8549
P 47
C9

GABRIEL PICON-FEBRES, HIJO

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

CUENTOS VENEZOLANOS



CARACAS--1916



Caros lectores:

El cuento es en ocasiones flor de amable regocijo o motivo de nobles enseñanzas o ambas cosas a la vez. El todo es dar con la forma para vestir el fondo y hacer de la frágil armadura un instrumento de vida.

A veces, en sus paseos matinales o vespertinos, el pintor traslada al lienzo una impresión recibida: la silueta de un árbol, la cima de un monte, el torrente que baja murmurante por las estribaciones de la sierra, el misterio de un paisaje diluido en la lejanía o en la som-

bra; a veces, se recoge en sí mismo y construye, con líneas que son piedra y bronce y carne animada, la tragedia o el drama, la suave candidez de la femenina escultura o la radiante actitud de un heroísmo guerrero.

Yo, imitando al pintor, he tomado aquí y allá alguna cosa en el camino que recorren los hombres, y he juntado, en un haz, flores, espinas, hojas secas, ramas verdes y hasta algún gajo del simbólico laurel para formar lo que contienen estas páginas. Estas son, en verdad, matices del paisaje nacional, pinceladas tal vez burdas pero fieles del gran cuadro de la naturaleza, simples trasladados escénicos de la enorme tragedia humana, porque es cierto que aquí no he hecho sino copiar algo de lo que vieron mis ojos a los lados de la senda en mis correrías por el mundo.

Páginas que os ofrezco, nó como collar de perlas, ni como ramillete de flores, ni como cáliz rebosante

de aromas, sino como algo que pudiera ser útil o, en último caso, inofensivo, ya que en ellas no encontraréis nada que sirva de aliento para el vicio, ni de fuerza a la injusticia, ni de poderío al crimen, y sí, más bien, alguna amable filosofía, alguna palma al mérito, algún canto de amor a la belleza, un alto respeto a la virtud, los más francos aplausos al talento y la más pura e ingenua admiración por todo lo que es digno de noble y justa fama.

Y a última hora, si os fatigáseis leyendo, podríais exclamar con aquel personaje de bulevar muy conocido:

—Cuentos, al fin y al cabo, cuentos...!





EL DUENDE

LA casa se alzaba a la falda del cerro, junto a la quebrada sonante, entre los árboles del cafetal umbroso, frente al jardín perpetuamente florecido y lleno de aromas.

A un lado subía el caminito en espiral hacia la cumbre de la montaña o bajaba hasta la vega, angosto y quebrado, entre los viejos cercados de piedra siempre cubiertos de colombias y madreselvas.

Hija única, Florencia, la perla de la casa, era el encanto de los padres, la cadena que los tenía pegados constantemente a las puertas del hogar y la sola intranquilidad de ellos.

El viejo, educado en la ciudad y hombre de campo desde veinte años atrás, era, en medio de su sencillez natural, un celoso formidable, que había hecho sufrir a la mujer largo tiempo y ahora torturaba a la muchacha con restricciones humillantes y acusaciones completamente infundadas.

Florencia, siempre contemplada en todo, ahora, viéndose inocente, brincaba ante la presión del viejo, como un potro salvaje al sentirse cogido por la pierna del domador. Incauta y loca, mal avenida con órdenes imperiosas que jamás había conocido en el dulce ensueño de sus primeros años, ella sentía hervir su sangre, y con las mejillas ardientes y los ojos plenos de una impaciencia implacable, juraba interiormente ¡tonta! vengarse

de la injusticia paterna, cometiendo una locura con el primer muchacho buenmozo que le dijera una palabra al oído. Para eso tenía ella la seguridad de su soberana hermosura, soberanía legítima, que hasta entonces se había sostenido con fiereza, lejos de las miradas impertinentes y de las adoraciones cursis de los mozos aspirantes a casamiento, pero que en adelante se rendiría, como una fortaleza vendida, sin asomos de resistencia, ante el anhelo amoroso de los hombres.

¿Se clavaba un puñal en su dignidad celándola con el hijo del barbero, con el sacristán de la Iglesia, con el sastrecillo de bigote retorcido o con el Secretario de la Jefatura del pueblo?

Ah! Qué equivocados estaban, qué torpes le resultaban entónces los gestos de la autoridad paterna, qué ridículos aquellos celos estúpidos con quien como ella alzaba los negros ojos radiantes, bajo la sombra de las pestañas sedeñas,

hacia alturas para ella misma desconocidas.

Y mientras la ira de este modo engañaba los pensares de la preciosa muchacha, el viejo, cada día más aferrado a sus ideas de intemperante dominio, abría para su hija el camino torcido que ésta se imaginaba glorioso en sus locos deseos de venganza.

Y el Diablo, el astado y rabudo Satanás, siempre a caza de ocasiones para llevarse las almas, en esta vez, con una sonrisa de triunfo, puso frente al corazón femenino otro corazón ardiente, varonil y palpitante, que se estremecía de amores ante la gentil arrogancia de la fresca hermosura montañera.

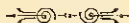
Era el tal corazón perteneciente a un joven Capitán de Infantería, quien, por artes del mismo Satanás, logró encontrarse a solas con Florencia, lejos de la mirada inquisidora del padre y de la cándida vigilancia materna. A la sombra de los bucares en flor creció

la llama de aquel amor naciente; y ella, que sólo pensaba en un principio en cosas de amargura para su padre, muy pronto vió que los odios se le iban del pecho raudamente y que en su lugar quedaba todo un mundo de verdadero afecto para el garrido Capitán, dueño ahora en absoluto de sus fragantes y suaves morbideces de mujer joven y bella, de su bravía doncellez acabada de surgir a la vida de la primera juventud.

Y en tanto que esto acontecía a espaldas de los burlados padres, en la casa antes tranquila ocurría una cosa extraordinaria: de noche sentíanse ruidos espantables, de los árboles del cafetal cercano surgían tétricas voces y en torno a la gente atemorizada cerníase algo incomprensible, que no se explicaba sino como obra de algún espantoso maleficio.

Poco creyente el viejo de cosas extrahumanas se armó de punta en blanco, cerró las puertas a los visitantes nocturnos, rondó las ar-

boledas y disparó sus armas en todas direcciones, pero tras largos días de lucha, de trasnochos amarguísimos y de pesquisas de todo punto inútiles, se convenció de que la cosa era más bien de agua bendita, de trisagios rezados por toda la familia y de exorcismos practicados por el Cura y Señor de la Parroquia....



* * *

Habían corrido cuatro meses, cuando, una mañana, llegó por telégrafo orden de que saliese el Batallón en dirección de la frontera. Las órdenes eran perentorias y el Capitán, por la hora y por la urgencia del momento, no tuvo tiempo ni ocasión de avisar a Florencia la salida. Cuando la muchacha, yá tarde, se impuso de la imprevista marcha, se desesperó. Sobre su vida se desplomaba, con lúgubre estallido, una montaña. Sintió frío en el alma y viéndose obligada a ocultar el llanto que le brotaba a torrentes del corazón, muy pronto se apoderó de ella la calentura y tuvo que coger la cama. ¡Infeliz! Ahora veía claro en el trayecto recorrido, recordaba las horas radiantes de su felicidad de ayer y meditando en sus locos deseos de venganza contra el bueno y querido de su padre, juzgaba, con razón, que Dios le daba un justísimo castigo. Empero, mu-

jer fuerte, cuando la fiebre la abandonó al siguiente día, pensó en su situación y resolvió, para evitarse visitas importunas, permanecer con su dolor oculto y fingir, en consecuencia, que continuaba enferma.

Los días pasaban y Florencia seguía inexplicablemente en cama. Los padres, que desde la partida del Capitán notaban complacidos que «el duende» no mostraba señales de vida en parte alguna, se alarmaron, sin embargo, ante la enfermedad de su hija e hicieron venir de la ciudad un médico, pero aquélla, en un principio, se negó a dejarse ver. Por fin, un día, por complacer a la madre, que lloraba, consintió. A poco el médico entraba conversando alegremente:

—¡Qué clase de enferma es ésta, con esos colores tan bellos en la cara y esa lozanía en todo su sér de fresca rosa campestre? ¿Qué es esto? ¿Qué le pasa a la niña mimada de la casa?

Florencia, tendida de medio lado en el lecho, sonreía a las pala-

bras afectuosas del médico y amigo.

—Veámos ese pulso. Y uniendo las palabras a la acción, el doctor examinaba a la vez con la mirada las mejillas sonrosadas y llenas, el cutis terso, el cuello torneado y fragante de la enferma.

—Señores, me confundo, aquí no encuentro nada. Yo no me puedo explicar lo que pasa con esta caprichosa y creo que todo es obra de los malditos nervios. Ea, a levantarse ahora mismo, a gozar de la juventud y la vida.

Florencia hizo una mueca de pena y replicó:

—Doctor, no puedo, me duelen las piernas y la espalda.... siento fuego en las caderas.... retortijones en las tripas.... qué sé yo....

—Pues entonces es preciso un examen detenido. Acaso estén lesionados los riñones.... tal vez el hígado.... quizás el vientre.... Vamos....

—Jamás, doctor. Prefiero la muerte antes que dejarme examinar.

—Ahí es donde está el mal, dijo entonces la madre. La pobre niña no se deja hacer los remedios ni de mí.

Y hablando al doctor al oído, continuó:

—El temor de que le vean el cuerpo la enloquece. ¡Qué pudor tan delicado! ¡Qué inocencia!

El médico se retiró confuso y ofreció regresar pronto. Le interesaba el caso. ¿Qué era aquello? ¿Enfermedad auténtica? ¿Manifestaciones histéricas? Pero la muchacha no quiso recibir más las visitas ofrecidas sino a condición de que no se le hablara de remedios ni enfermedades.

Mas un día, sucedió algo inaudito. Florencia, que en cinco meses de cama apenas si había llorado en silencio algunas veces, ahora, presa de dolores frenéticos, efectivamente se moría... Cubierto de

sudor el rostro, la faz desencajada, el cuerpo en contracciones violentas, la infeliz se agitaba enloquecida. La casa se llenó de gente a los gritos de dolor, ante la tribulación de los padres, y el médico, llamado a la carrera, se presentó jadeante, precisamente en el mismo momento en que vibraba en la alcoba el llanto de un recién nacido y, ante el asombro de todos los presentes, las lágrimas de la maternidad bañaban las rosas del pudor, como rocío que clamaba perdón, en las suaves mejillas de Florencia....





EL ASALTO

ESTREPITOSAMENTE, en medio del ruido de las descargas que partían de los atrincheramientos del pueblo, las columnas enemigas avanzaban ganando terreno poco a poco.

La pequeña población enclavada en una altura de la imponente cordillera, resistía con el heroísmo de la desesperación las impetuosas cargas del poderoso ejército con-

trario, pero destrozada por completo la guarnición y desbaratadas las guerrillas de voluntarios que se habían formado rápidamente ante el anuncio de la invasión de las tropas veteranas, por momentos se esperaba que la bandera de aquella revolución funesta, flotase al viento coronada por la victoria.

Razón tenía aquella gente en defender palmo a palmo la ciudad de sus hogares. Razón de sobra había para que en éstos el miedo tuviese centraídos todos los rostros y trémulos de profundo dolor los corazones.

Aquel ejército que agotaba los recursos por hacerse dueño de la sitiada plaza; aquella horda famélica que se preparaba a caer, como una siniestra banda de cuervos, sobre los despojos sangrientos de toda una generación invicta, tenía una historia lúgubre, una historia de cruentas desolaciones, por donde el crimen, como un enviado de las potestades satánicas, pasaba agitando entre los puños crisp-

dos el haz llameante de los acontecimientos irremediables.

Aquella expedición militar, hecha de elementos distintos, sin cohesión en sus íntimos resortes, sin la fé salvadora de las grandes empresas, sin el lirismo candoroso de los ideales excelsos, sin la virtud de las causas animadas por la justicia, sin otras miras salientes que la criminal ambición de un jefe oscuro y sin otros anhelos que las venganzas ruidosas y las satisfacciones personalistas, había mostrado claramente, desde el principio, los rumbos torcidos de su actuación en el campo escogido para el desarrollo de sus planes definitivos.

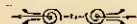
Y por ello en todas partes el temor había transformado las risas ingenuas de los días venturosos de la paz en rictus amargos y en estallidos de violentas imprecaciones. Y era porque el ejército en masa caía sobre los pueblos confiados, sobre las aldeas tranquilas, sobre los verdes campos floridos, como una avalancha de exterminio. Di-

ríanse escuadrones de viejas tribus cosacas en tierras del enemigo vencido, tras los fugitivos del último combate, en el recinto silencioso de las ciudades abandonadas.

Noches de duelo, de angustias incontables, de profundos insomnios pasaban las familias oyendo las descargas, los alertas de las avanzadas y las voces de odio que partían de uno y otro bando. Creyérase que los que así pretendían aniquilarse eran gentes extrañas, hombres de otras razas distintas, pueblos separados por altos motivos de honor o de justicia. Nadie hubiera pensado, ahondando lo bastante en las causas de la tremenda lucha, que allí sólo se trataba de un anhelo vergonzoso de poder que pretendían satisfacer tres o cuatro compatriotas a costa de la tranquilidad y buen nombre del país; nadie se hubiera imaginado que detrás de aquellas charcas de sangre, de aquellos cadáveres mutilados, de aquellas ruinas humeantes, sólo vibraba el grito torpe y

destemplado de las pasiones humanas. En torno de los despojos, el espíritu patriótico que un día puso el nombre de los abuelos legendarios en los más altos picos de la admiración universal, vagaba ahora, avergonzado y confuso, viendo cómo de las bocas de fuego llamadas a defender la integridad del territorio, surgía la muerte, hacia uno y otro lado, contra los descendientes de los libertadores egregios.

Vieja historia doliente de nuestras contiendas armadas. Vieja historia que se repetía por la centésima vez en la aspereza del risco, en la desolación de las llanuras remotas, sobre el suelo polvoriento de los caminos públicos y en el ambiente melancólico de las ciudades y pueblos del Interior.



Dos cosas habían impedido hasta entonces la toma del pueblo por las tropas sitiadoras: la situación de aquél en la inexpugnable meseta de una altura, y el desconocimiento completo del número de los defensores de la ciudad: pero cualesquiera que fuesen las circunstancias en que estuviesen unos y otros, era indudable que la plaza quemaba por el momento los últimos cartuchos.

En los hogares la tribulación era grande. Las muchachas solteras habían sido trasladadas a la casa del cura o confiadas a la protección de las viejas monjas clarisas, pues las madres estaban seguras de que en semejantes refugios la pureza no sería jamás herida en el alma de sus hijas, ni mucho menos trinchada por la profanadora barbarie la ardiente copa fragante de los virgíneos aromas juveniles. Con todo, las lámparas ardían en los altares y la plegaria vibraba con unción en todos los labios, porque

eran muchas las cosas de temor que se contaban de aquellos hombres que venían sobre la ciudad a sangre y fuego. Verdad o mentira, porque en tales instantes las exageraciones hacen época, sí se sabía de positivo que los soldados sitiadores tenían ofrecido el saqueo para después de la victoria.

Ello es lo cierto que la tarde de aquel día, fuese por negligencia de unos o porque los de adentro no querían dejar libre la entrada sino hasta que se agotaran los últimos recursos, la pequeña población vió a sus heroicos defensores, firmes en sus puéstos y preparadas las armas, a la hora en que las sombras de la noche bajaban hasta el fondo de los abismos, ponían sus fúnebres colgaduras en las frondazones del campo, fingían raras visiones en las retinas cansadas de los batalladores y prendían en la tristeza infinita del contorno uno como cendal de duelo por aquella sangre robada estérilmente a los fecundos senos de la Vida.

Tendida en un chinchorro, Dolores, la querida del Jefe de la Plaza, seguía con la mirada la figura de aquel hombre que había dado tantas pruebas de valor en los últimos encuentros; de aquel hombre que tantas pruebas de cariño le había dado desde que el destino los había unido con fuertes lazos de amores en el duro jergón de una fonda misérrima, en el corazón de una provincia lejana.

Los ojos de la muchacha brillaban; el pecho, anhelante, se agitaba en violencias desconocidas; los labios, resequidos, temblaban como posesos de fiebre.

De pronto se levantó. La cabeza le ardía. Las piernas, redondas y blancas, casi se le doblaban en un desfallecimiento imprevisto. Pero estaba decidida y reaccionó. A poco, al frente de veinticinco soldados, llegaba a El Desfiladero. Era éste una pendiente brusca que descendía hasta el abismo, propia

de cabras, pero completamente homicida. Por allí, arriesgando el pellejo, se podía llegar al campamento enemigo, a la propia tienda del General. Las veredas no estaban guardadas, porque la roca, cortada a pico en cortos trayectos, se defendía por sí misma. Los hombres titubearon, pero ella dió el ejemplo. Descalza, casi desnuda, arrastrándose con movimientos felinos, iba adelante, señalando la ruta a su pequeña tropa. Parecían fantasmas en vuelo por las estribaciones del monte. Ya cerca de la salida, abajo, en la última parte de la pendiente, uno de los hombres perdió el equilibrio y se fué al fondo. El campamento, rodeado de sombras, yacía envuelto en el silencio. Con el ruido del soldado al caer, un can latió furioso, el centinela próximo movió bulla y la alarma cundió rápidamente, tal como la llama en un incendio. Pero Dolores, ilesa, con los veinticuatro compañeros restantes, bajaba yá y cayeron como

demonios sobre el atolondramiento del enemigo en sorpresa.

—Viva la Patria!...

—Vivaaaa!!!

El General, a medio vestir, antes de que pudiera aperebirse del golpe, fué alcanzado por el filo de los sables. La tienda ardía pronto a los cuatro vientos, y los asaltantes, por en medio del campamento, cruzaban derribándolo todo con violencia de vorágine, dejando detrás un fusilamiento mutuo...

—Viva la Patria!

—Vivaaaa!!!

Las trincheras, arriba, se coronaron de fuego, y en medio del estruendo el ejército enemigo se dispersaba asombrado, sangriento, en derrota definitiva.

Al día siguiente las campanas de la iglesia repicaban en desbordamiento ruidoso, y Dolores, con uniforme de Capitán, revistaba su compañía ante las miradas curio-


sas, plenas de admiración y de aplausos, de las muchachas del pueblo...





UN TRIMESTRE ADELANTADO

I

TENÍA los ojos claros y brillantes, espaciosa la frente que parecía más ancha por un principio de calvicie en la parte anterior de la cabeza, negro el cabello, lo mismo que la barba y el bigote, la segunda al estilo Boulangier y todos resaltando sobre un rostro de tomate, con una nariz larga y un conjunto, si no feo ni tampoco distinguido, por lo menos

agradable para el que lo mirara y oyera de sus labios siquiera dos palabras. Seguía un cuerpo pequeño y regordete, descansando sobre unos piés macizos, constantemente calzados con botines de medias-suelas dobles, modelo americano. Usaba fluxes de casimires claros y caminaba con cierto movimiento oscilatorio, a lo péndola vibrante de reloj.

Tal era don Antonio Nicolini, italiano delicioso, que vivía hace yá algunos años en uno de los pueblos del interior de la República.

En general era muy estimado de todos los habitantes del villorrio, y en su establecimiento mercantil (porque era comerciante don Antonio) mixto de víveres y trapos, ferretería y quincalla, botica y hasta música, se reunían a todas horas los ociosos y en los momentos desocupados los que tenían obligaciones habituales.

En una palabra: la casa del personaje que os presento, era el centro de reunión de todo el mundo.

Allí se hablaba y se murmuraba de una manera pavorosa. De la honra ajena quedaban los jirones solamente y el nombre de las mujeres, fueran viudas, solteras o casadas, era arrastrado por el suelo como trapo de fregar, en medio de tranquilas libaciones o con estrépito de alegres y ruidosas carcajadas.

Espíritu prudente y comerciante muy corrido, el italiano no tomaba parte en ninguna discusión, aceptaba en silencio la opinión de los demás y cuando no había en su presencia quien se pudiera resentir con sus palabras, apoyaba a los murmuradores (por razón de invencibles atavismos) injuriando a los ausentes:

—E tu persone tiene molta giustizia. Cuesto sone una persogo de foragido y de latrone, de pillo e bandido de marca mayori. Per fortuna de la buona yente, aquí están los amicos, que lo sone del orden e de la libertá.

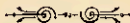
Por lo demás, don Antonio Nico-

lini que había venido del Piamonte a Venezuela hacía cuatro años y que tenía tres y medio de residenciado en el lugar, era, usando de una frase corriente, el primer chicharrón de la cazuela en todas partes.

A pesar de su larga nariz y de su rostro cada día más encarnado, las señoritas de la localidad se lo fingían poco menos que un Apolo, gracias a los cuatro trebejos de la tienda, y las madres lo consideraban un partido famosísimo. Pero la verdad era que el italiano había sido hasta entonces insensible a los encantos de sus conquistadoras, pudiendo, por esta circunstancia, gozar en libertad los placeres de la vida con los cuatro dineros de su bolsa.

Sentado algunas veces en una silla que recostaba a una de las puertas del establecimiento, se complacía, en las tardes llenas de poesía de la ciudad, viendo cómo los rayos del sol poniente cubrían de tonos claros las cumbres de los ve-

cinos montes; y con la mirada errante por los desfiladeros abruptos, dejaba que su pensamiento se fuera, en plácida recorrida, a las doradas lejanías del ensueño. Entonces entre sus labios gruesos y carnosos jugueteaba una sonrisa de júbilo, de suprema tranquilidad, de infinita satisfacción.



II

Una mañana en los repiques de la Iglesia se escuchaba el tañido de todas las campanas, con lo cual dicho se está que en la parroquia se celebraba una solemne fiesta religiosa, de las que en el almanaque se indican con dos cruces.

Era el jueves de Corpus.

En las esquinas de la plaza se levantaban los altares, hechos de flores naturales, los cohetes se elevaban resonantes al espacio y por donde quiera discurrían grupos de gente venida de todos los contornos, ya al impulso del sentimiento religioso, ya por el gusto de admirar el arte con que las lindas lugareñas saben combinar los pétalos multicolores de nuestra zona espléndida y el aterciopelado frailejón de nuestros páramos en una arquitectura ideal de fragancias exquisitas y sedas naturales.

Nicolini contemplaba el desfile y en las intimidades de su cerebro

hilvanaba alegres filosofías. De pronto sus ojos despidieron una chispa y su cuerpo se agitó con temblor de ilusión y de pecado.

Acababa de distinguir un rostro de mujer desconocido, pero un rostro radiante, flor de encanto y juventud, con las mejillas como dos rosas de Francia y los negros ojos como dos estrellas del cielo.

En el instante desechó sus pensamientos alegres y se dijo para sí que la novia había llegado.

Y para no perder el tiempo en meditaciones frívolas, con la fiera pasión atávica de la raza, yá no despegó más la mirada de la seda de aquel rostro, que se erguía sobre un cuerpo flexible, armonioso, delicado, cuyos contornos admirables ponían lágrimas de placer en los ojos del insigne piamontés.

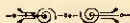
Los amigos le conocieron el cambio en el momento, porque se convirtió, primero, en la sombra de la gentil muchacha y, luégo, porque andaba distraído, y se reía de

todo, y hasta se le olvidaba su acostumbrado disimulo. Por cualquier cosa que se dijera en su presencia aplaudía con entusiasmo y exclamaba con verdadero contento:

—Oh, caro amigo, cueste pide palo!

Y servía una copa que brindaba por la bella aparecida.

De allí al matrimonio no había sino un paso. Los preparativos se llevaron a cabo prontamente y una noche del mes de julio, clara, fresca y apacible, con un cielo tachonado de estrellas como los ojos de la novia, don Antonio Nicolini vió satisfechas sus aspiraciones de ventura dando su mano para siempre a aquella gentil muchacha, frágil, armoniosa, radiante, de contornos perfectos, de mejillas como rosas y ojos tan lindos como las estrellas del cielo.



III

Los primeros quince días fueron para el venturoso italiano en su nuevo estado de dulcísimas sonrisas y placeres imborrables. La luz de la mañana al penetrar por las vidrieras de las ventanas a la cámara nupcial, lo encontraba entregado por completo al abandono del sueño. Como nos sucede siempre cuando la felicidad nos acaricia con su hálito fecundo, a don Antonio todo le parecía más bello. El aire se introducía en sus pulmones con más facilidad, los rayos del sol eran más vivos, el día más claro, la naturaleza más hermosa; y en su interior pensaba que sus mismos juicios anteriores sobre la pillería de los hombres que lo rodeaban eran temerariamente falsos.

Esta felicidad no duró, sin embargo, mucho tiempo. A los diez y seis días vino la primera amargura. Unos ladrones, impuestos de que don Antonio, a causa del

nuevo género de vida, dejaba sólo el establecimiento durante la noche, penetraron al interior de éste, rompiendo una de las puertas y se llevaron cuanto pudieron recoger.

El golpe fué más rudo cuanto menos esperado.

Precisamente en los momentos en que se consideraba capaz de abrazar a todo el mundo, cuatro miserables ladrones venían a despertarlo de su sueño de amor y a probarle un hecho tristísimo pero dolorosamente cierto: que los hombres somos todos enemigos y que no debemos descuidarnos, porque nos coge de sorpresa el ataque del contrario.

Después de tres días de diligencias, la policía logró descubrir a los autores del robo y hacerlos confesar dónde se encontraba el producto de su negra fechoría, pero ya Nicolini había sufrido el primer golpe en su dicha y ahora se sentía malhumorado y con extraños presentimientos.

Y como si alguna deidad malé-

fica se hubiese empeñado en probar que los temores del italiano estaban bien fundados, le empezaron a caer a éste todas las calamidades del mundo.

Por un extraño y misterioso contraste de la suerte, Nicolini, que desde su llegada de Italia había trillado sólo por caminos de éxitos y satisfacciones, ahora, cuando se encontraba en la cumbre más risueña de su vida, se veía rodeado de pronto y sin explicarse cómo, de quebrantos y pesares. En su imaginación empezaba a condensarse una idea, pero una idea demasiado terrible, que él desechara con fuerza, no obstante la insistencia en presentarse: la de que su mujer, su adorada mujercita, era la portadora de todas sus amarguras.

Por efecto de los percances que le llovían de todas partes, no había podido cubrir unos créditos urgentes y los acreedores principiaban a mirarlo con alguna desconfianza. El esperaba, sin em-

bargo, en la cosecha de café, para rehacerse un poco y salvarse de la inminente quiebra, pero vino la baja repentina en el precio de este fruto y fué entonces el golpe definitivo.

Desde ese momento se entregó al aguardiente por entero y cuando llegaba a la presencia de la infeliz esposa, obsesionado por el pensamiento de que era ella la única culpable, le arrojaba con voz ronca el torrente desbordado de todas las injurias.

Y fué tanto el desbarajuste moral de aquella naturaleza, ayer no más tan plácida y benigna, que la madre, temiendo por la hija, resolvió llevarse a la muchacha del lado del marido, quien apeló, para evitarlo, al recurso del escándalo. Afortunadamente la autoridad concurrió a tiempo y aquél fué conducido a la cárcel.

Después el señor Cura, comisionado por la suegra, fué a visitar a Nicolini, en unión del Jefe del Distrito, y entre los dos lo conven-

cieron de la esterilidad de aquellas tristísimas escenas; del profundo desprestigio a que iba reduciendo su nombre sin causa que lo justificara; y, por último, de la crueldad atroz con que se complacía en torturar a su pobre e inocente mujer, víctima propiciatoria en aquel derrumbamiento conyugal. Sobre todo, terminó sentenciosamente el Cura: el aguardiente no es remedio para nada, sino un azote humano, especie de gancho tenebroso de que se vale Satanás para llevarse las almas al infierno. ¿Qué componía con beber? Absolutamente nada!

Don Antonio lloró su culpa y prometió enmendarse, pero puso por condición indispensable que no lo separarían de su mujer, objeto de sus constantes ansias, a quien en ese instante consideraba él una santa. En vista de las súplicas expuestas y considerando que cualquiera negativa daría un resultado contraproducente, se convino en que el italiano pasaría con

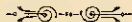
su costilla el primer día de cada mes, desde la hora del almuerzo hasta después del desayuno del día dos, en tanto que diera pruebas evidentes de la enmienda que prometía cumplir.

Hecho el arreglo don Antonio fué puesto en libertad y como por una casualidad salía de la prisión en día primero, se fué derecho al humo, es decir, a la casa de la suegra, en donde pasó tranquilamente las horas de la tarde y la noche toda entera.

Estaba dado el primer paso y la familia se ilusionó de nuevo. El amor hace prodigios. Podía ser que Dios obrara un milagro.

El italiano después del desayuno salió para la calle y se fué para la tienda. Con mucho juicio se puso a organizar los objetos dispersos y luego se dedicó a revisar todas sus cuentas, suspirando de pena ante la magnitud del desastre que encontraba. Un nudo le apretaba la garganta, y sobre el pecho sen-

tía como una mole de piedra. Desde luego pensó en tomar un trago, uno sólo, para componerse el cuerpo, por el cual le corrían escalofríos nerviosos. Se decidió. Cogió la botella con mano trémula, se sirvió medio vaso y lo apuró de un golpe. Fué el camino abierto de par en par. Los tragos se repitieron y la borrachera fué espantosa.



IV

Vida de pueblo. Once y media de la noche. Las nieblas del monte envuelven el paisaje como en un sudario de muerte. A lo lejos ladra un can, en el interior de una vivienda se oye la tos de un hombre enfermo, y afuera, en la lobretez de las calles, sólo el canto de los grillos y el rumor de un riachuelo que desliza su corriente por entre los cañaverales lejanos.

Nicolini que ha dormido dos horas tendido a todo lo largo de su cuerpo en el quicio de una puerta, se despierta de pronto y trata de levantarse, lo que consigue a duras penas. Una idea lo domina. Sus ojos de borracho reverberan. Principia por orientarse y dando traspiés toma el camino de la casa de la esposa. Por fin llega al portón, después de una marcha llena de consonantes y vocales, y llama con todas las fuerzas de su pecho. Nadie responde. En torno todos duermen. Nicolini continúa llamando, llamando cada vez con más

vigor, y ahora golpea los maderos de la puerta con una enorme piedra. En los postigos de las casas de todo el vecindario aparecen cabezas asombradas y curiosas. En la casa acometida la madre y la hija tiemblan de miedo y de vergüenza por aquel terrible escándalo. ¿Qué hacer? En la casa no hay un hombre y la madre no se atreve a tomar ningún camino, porque desconoce las intenciones del infeliz borracho. Por fin se decide a preguntar por un postigo, con voz trémula y semblante demudado:

—Pero señor ¿qué es esto? ¿No estaba usted convenido en que sólo vendría a la casa el primer día de cada mes?

—¡Ah, suecra querita y adorata, cuesto e qui fo vene per un trimestri adelantato!





LA REVANCHA

I

EL mocho Antonio era en aquella población una amenaza constante para la mayor parte de los habitantes de la localidad.

Con el sombrero tirado para atrás, la mirada insolente y un andar de infinita petulancia, recorría todas las calles, penetraba a los establecimientos mercantiles, se introducía a los botiquines, asaltaba los hoteles y llegaba a todas partes,

seguro de su poder, lleno de la vanidad del dominio y deseoso de aplastar a todo el mundo.

El calificativo antepuesto a su nombre de pila le venía por tener el dedo índice de la derecha mano un poquito más corto que los otros, a causa de un antiguo traumatismo que le produjo una rara deformidad en la parte lesionada, con cuyo extremo se complacía en hacer señas cuando pasaba algún cura, se acercaba una vieja rezandera o veía venir por la acera de la calle una dama de alto fuste,

*...solterilla de pocos abriles
o casada de muchos bemoles
o jamona de alientos viriles...*

—Palo de hombre es este mocho! gritaba él mismo con soberbia imponderable cuando sentía crepitar sobre sus nervios los vapores del alcohol.

Por debajo del paltó, que usaba corto para mayor alarde, le sobresalía, cuatro dedos por lo menos, el bruñido cañón de un revólver

nuevecito y la argentada punta de la vaina del puñal, armas que se ceñía en la cintura desde el momento de levantarse hasta la hora de dormir; portaba siempre un bejuco encabullado y llevaba además en la faja del revólver, a prevención de cualquier lance posible, las cápsulas de repuesto necesarias.

Llamaba levitudos a la gente distinguida, para expresar con una palabreja cualquiera su desprecio, un desprecio estudiado más que real, largamente estudiado para ocultar tristes rencores, antipatías crueles, odios intensos, tan gratuitos como injustos, de esos que no sirven sino para fomentar discordias y producir brotes de horror en la vida de los pueblos.

Para él no había en la villa dama honesta ni doncella recatada; los hombres del dinero eran unos grandísimos ladrones, patiquines los muchachos de la buena sociedad, focos de pudrición los curas y *godos* los individuos que no anda-

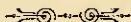
ban de taberna en taberna o arrastrados torpemente en el polvo de las infames orgías callejeras.

De a caballo era un tormento. La daba entonces por beber en las bodegas malos tragos de aguardiente, y los humos de la *guapeza*, en mezcla temible con los humos del alcohol, daban frutos de barbarie en plena calle: disparos, gritos de angustia, carreras, atropellos....

Podría pensarse que los hombres del lugar eran una porción de cobardes mujerzuelas, o que en la ciudad no había quien hiciera respetar los derechos ciudadanos, pero os explicaréis la rareza de este caso cuando os diga que este Antonio era una especie de *coco* sostenido y apoyado por un cierto aspirante a señor de la Parroquia.

¡Flaqueza humana que lleva a algunas gentes a odiar las bellezas de la vida cuando no pueden pasar de los pórticos sagrados; que les hace advertir sin causa justa sólo sombras y miserias en donde lógi-

camente no encuentran sino altísimas virtudes; que los impulsa a manchar con baba inmunda, tal vez por que para sus manos está alto, lo mismo que sus pensamientos comprenden noble y bello y sus ojos levantan en pedestal de soberbia admiración!



II

Sucedió que una noche el mocho Antonio pasaba por frente al establecimiento mercantil de un mozo de apellido González, en el instante mismo en que éste rompía a reir con bulliciosa alegría. Había otros amigos en la casa y se conversaba de algo muy festivo, que había provocado la risa de todos y aquella explosión incontenible en el dueño del negocio.

El mocho Antonio se devolvió furioso, o con apariencias de estarlo.

—Usted cómo que se ha reído de mí? dijo.

González, con mucha calma, le contestó enseriándose:

—Nó, amigo Antonio, no se me ha ocurrido tal cosa.

—Amigo, nó. No me adule. Yo no soy amigo de usted ni quiero serlo. Usted se reía cuando yo pasé y sepa que a mí nadie me tose.

González se puso lívido primero y después la sangre, en tumultuosa avenida hacia el cerebro, le congestionó el rostro. Todos creyeron que iba a estallar, porque era hombre conocidamente brioso, pero no fué así. Trémulo de rabia, pero dominado completamente, contestó:

—Bien, señor, yo me re. . . .

—Señor tampoco, gritó el mocho envalentonado. Yo no quiero señoríos del demonio, porque para eso soy *democrático legítimo, contramarcado y doble acción*.

—Quiero decir que yo me reía en el momento en que usted pasa-

ba, pero fué por una casualidad. Pregúnteselo a los amigos que están aquí presentes.

El mocho los midió a todos con una mirada olímpica y salió diciendo baladronadas, sin despedirse y contoneándose.

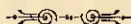
González, abrumado, cayó sobre una silla. En sus párpados dos lágrimas temblaban. Todos, apenados, no se atrevían a hablar.

Afuera, en la calle, los curiosos comentaban:

Quien hablaba del miedo de González, de la valentía del siniestro matachín, de la utilidad incuestionable de esta clase de hombres en los pueblos. Aquel otro indiferente, sin hacer juicio ninguno, lamentaba de veras lo ocurrido. Un tercero se extrañaba de la flaqueza de ánimo exhibida por el comerciante ahora, cuando en otras ocasiones había dado pruebas de una gran entereza de carácter y de un alto valor caballerezco. ¿Qué pasaba? ¿Decadencia de la ener-

gía física? ¿Cosas de la edad, tal vez?

En el interior de la casa un chiquillo lloriqueaba....



III

Una mañana González se levantó de su cama decidido. La tensión de sus nervios había llegado al grado máximo. Su prudencia había agotado todos los recursos para evitar lo que él tanto temía, pero ya no podía aguantar más. Estaba flaco, las manos calenturientas, los ojos ardientes. Luchando entre su amor propio herido y el amor que profesaba a la esposa y a los hijos, entre sus impulsos de hombre y sus deberes de padre de familia, se consumía en una violencia desesperada. Más de una vez, pronto a reventar co-

mo un cartucho de pólvora, había, con verdadero heroísmo, acallado sus sentimientos, dominado sus ímpetus y hecho apagar en el interior del pecho los salvajes rugidos de su cólera.

Alma ruín, el mocho Antonio creyendo que el otro le toleraba por miedo su insolencia, se había propuesto molestarlo de todos modos, burlarlo delante de la gente, insultarlo desde la acera de la calle y hasta metérsele a la tienda de a caballo, para beberle los tragos *a la guapa* y quebrarle luego las copas en el bruñido mostrador.

Esa mañana, después del desayuno, González se fué para la casa de la primera autoridad y le contó lo que le estaba sucediendo, suplicándole además que mediara para evitar un conflicto. El Jefe Civil era un buen hombre, más no sabemos si se ocupó de poner las cosas en orden o si le dió miedo meterse en el asunto, porque, aun cuando

os parezca inverosímil, estos miedos

*eran entonces posibles
en cualquier villa lejana
de esta gentil capital.*

Lo cierto es que a las once el mocho se presentó a la tienda de González. Día domingo, la casa estaba llena de compradores de los campos y tertulianos de la localidad. Entró despacio, disfrazando sus intenciones con una sonrisa leve, y habló así:

—Me dicen, señor González, que estuvo usted en casa del Jefe Civil a decirle algo de mí. ¿Es esto cierto?

—Efectivamente, contestó el otro resuelto. Fuí a contarle lo que me ha estado pasando con usted y a pedirle un inmediato remedio, porque no estoy dispuesto a tolerar más insultos ni atropellos.

—Ta, ta, ta, contestó el mocho. Pues sepa usted que las acusaciones se quedan para las mujerzuelas de la calle, porque los hombres se defienden de otro modo. Pero

yá se ve que es usted un sinvergüenza, porque responde a los golpes que le dan con chismografías de cocina.

Y le tiró por encima del mostrador un foetazo por la cara.

González esquivó el golpe, cogió el primer cuchillo que se encontró a la mano y se precipitó como un tigre. El desgraciado provocador no tuvo tiempo ni de lanzar una queja, tal fué el ímpetu de la acometida y de certera la tremenda puñalada.

Y mientras la gente corría de todas partes, y González, enloquecido y frenético, daba golpes y más golpes sobre el cuerpo de la víctima, en el interior de la casa el chiquillo llamaba con su vocisita aguda:

—Papaíto... papaíto...!





EL DESASTRE

—

JULIO Durán tenía entonces veintiún años y era un muchacho encantador, no tan sólo porque sus miembros eran fuertes y esbeltos, como los de un buen ateniense del tiempo de Pericles, sino también por la dulzura y armonía del rostro, y por la manera a un tiempo amable y sólida, chispeante y sencilla de la conversación.

Aún cuando no inocente como un niño, era, sí, un espíritu el suyo todo lleno de ingenuidades candorosas. Perteneciente a una vieja familia de abolengos ilustres, Julio había sido educado bajo el régimen severo de una tradición venerable, sin permitírsele otras expansiones que las prescritas por el Código Social, dentro de un rigorismo en veces verdaderamente violento. Pero esto que en cualquier otro individuo habría dado al traste con la excesiva vigilancia paterna, en él no hizo sino aguzar sus facultades, inclinarlo más si cabe al amor de los estudios y convertirlo en un soñador feliz, que desconocía por completo las tristezas de la vida y las trágicas explosiones de las miserias humanas.

Sin tiempo para la observación, porque el estudio no le dejaba hora libre, y teniendo por modelo de sus acciones las de un padre hecho a la antigua, que respetaba el hogar con la superstición de un creyente y hubiera sido incapaz de

prostituirse, aún a costa de los mayores martirios, Julio Durán creía con perfecta buena fé en la amistad de los hombres, en el desinterés del cariño, en la exactitud honorable de las manifestaciones sociales. Por su fortuna o desgracia, él no conocía sino las traiciones históricas, y se habría indignado seriamente si cualquier indiscreto le hubiese dicho que sus amigos le reían por detrás los escrúpulos de su caballerosidad quijosca. El no lo hubiera creído.

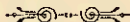
Así conoció a Florencia y se enamoró de ella con el vértigo de una pasión delirante. Hasta entonces no había amado, ni sentido tan siquiera en su corazón el calor de una ardiente simpatía. Pegado de los libros, ante la mirada inquisidora del padre, había pasado por delante de todas las mujeres sin una emoción extraña, casi sin verles el rostro, sin apercibirse nunca de que tras las blondas de seda de los vestidos hermosos, bajo los bordados de los corpiños fra-

gantes, en medio de la adorable ligereza de la femenil estructura, el fuego de los amores ardía, incitando los deseos, haciendo vibrar en torno las campanas del ensueño, invitando con la visión de las carnes palpitantes al supremo deleite de los placeres frenéticos.

Y era porque en la juventud sosegada de aquel tímido muchacho el rayo de la pasión no había turbado hasta entonces los serenos horizontes.

Ahora, en presencia de Florencia, todo el calor de los amores dormidos se condensaba velozmente y amenazaba con un estallido impetuoso. Julio Durán, acostumbrado a tratar tímidamente a todo el mundo, se encontraba de manos a boca con aquella figurilla radiante, de ojos oscuros y terso cutis de nácar, de cabellos dorados y voz armoniosa como una melodía de Schubert. Ella lo dominó desde la primera vez que se vieron con la gracia inimitable de su conversación familiar y lo encantó con la

belleza triunfante de sus veintiseis abriles. Y él, cuya virilidad poderosa estaba intacta, sintió que por su espina dorsal corrían escalofríos de fiebre, se rindió desfalleciente a los piés de la muñeca gentil y vió que por todos los contornos florecían los fragantes jazmineros de la encantadora ilusión.



*
* *

Como sucede siempre con las grandes pasiones, Julio Durán no había tenido tiempo de reflexionar si aquella linda mujer era la que le convenía para esposa. La había visto, la había amado locamente y se había casado con ella. Eso era todo. Pero desde los primeros momentos, después de pasada la posesión rabiosa de la hembra, había sufrido un desengaño brutal.

No era Florencia el tipo de la caraqueña clásica, gentil y virtuosa al mismo tiempo, atrayente por el *chic* de la tradicional elegancia y pudorosa hasta en el seno mismo de la cámara nupcial. No. Era la caraqueña trivial, tan vacía de cerebro, como llena de vanidades ridículas. Había en aquella muñequilla diabólica una perversión instintiva, una vulgaridad extrema en la vida íntima, un descoeco tan grande para todo, que Julio comprendió tardíamente, cuando yá el remedio era imposible, que su fe-

licidad estaba perdida para siempre. La herida de su corazón manaría sangre por el resto de su vida, porque la huella del primer desengaño no se borra ni se acaba con el peso de los años.

La misma educación del muchacho, tan cuidado por sus padres, había sido la causa de esta desgracia. El, incapáz de nada innoble, firme por una conciencia recta, no se imaginó jamás que tras las formas frágiles de una muñeca tan linda, pudiera encontrarse una índole perversa. Se había engañado tristemente y ahora sufría en silencio las consecuencias de su imprevisión lamentable, de tal manera que cuando ella alborotaba la casa por los caprichos de su temperamento irascible, él se recogía en sí mismo, dominaba sus rencores, hablaba paso para que no se apercibieran los criados y terminaba, con mansedumbre de santo, por evitar el escándalo.

Así pasaron dos años. El, resignado, haciendo esfuerzos supre-

mos por sostener el decoro del hogar, dominando con amor el rumbo de los acontecimientos. Ella, casquivana, descontenta, tascando con fiera rabia sombría el freno que le señalaba el camino. Para colmo, aún no habían llegado los hijos.

Cierta noche, al terminar la comida, Julio se despidió de Florencia porque debía salir a la calle, pero habiendo cambiado de parecer entró a la sala y se ocultó, sin intención de espionaje, detrás del paraván de dibujos japoneses. Ella, en el interior, no se apercibió de nada; y, muy contenta, con un elegante vestido y trascendiendo a perfume, vino a apoyarse en el marco de la ventana. Él la miraba con curiosidad inocente desde el fondo de su escondite. Tenían varios días de vivir tranquilos, sin pelearse ni ofenderse, y Julio se hacía la ilusión, porque en el fondo su amor era siempre intenso, de que acaso estaba conquistada la enmienda. De modo que en aquel

instante, viéndola tan hermosa, se sentía casi feliz y hasta con cierto orgullo, también, por ser el poseedor absoluto de aquella linda criatura, de cuyos encantos se volvía lenguas la gente.

De pronto notó que alguien estaba por fuera. Florencia, vuelta sobre la ventana, impedía ver al interlocutor. Sin ser celoso, Julio se sintió desagradado. ¿Por qué? El mismo no se lo explicaba. Inclínándose, conteniendo el aliento, logró distinguir la silueta de un hombre. Era una cara conocida pero no amiga: la de un vecino reciente. Este, sostenido el cuerpo en la balaustrada, mantenía entre las suyas una mano de Florencia, y ambos se decían por lo bajo dulces palabras de amor:

—¿Me amas?

—Mucho!

—Entonces...?

—El domingo, en el baile de Carnaval...

—Yo, vestido de Pierrot, con una cinta azul en el cuello.

—Y yo de Colombina, con otra igual en el pecho.

Faltaban apenas tres días y la gente pasaba con ruido de fiesta por las calles. Algunos hombres disfrazados de mujeres hablaban con voz de falsete y varias comparsas discurrían alegremente, olvidados de los crueles dolores, de la triste miseria humana.

Julio, con los puños crispados, con los ojos salientes, convulso de odio, enloquecido por la sorpresa del golpe, tuvo, en medio del vértigo que lo dominaba, fuerza suficiente para dominar sus impulsos. Aún no era tiempo de obrar. El día de la cita. El domingo de Carnaval. Con este pensamiento se serenó y pudo oír, llorándole sangre el alma, el resto de la conversación.

En la esquina un vendedor de billetes de lotería pregonaba a gritos:

—Para er solteo de mañana: er 57, pelao!

* * *

El domingo partía Julio en el tren de las ocho y media en dirección del vecino puerto. Iba al balneario, según manifestó, a pasar en calma los días de locura de la gran fiesta jocunda. Florencia, muy atenta y con mucho mimo, lo despidió en la Estación, deseándole dicha y tranquilidad.

—Te cuidas mucho ¿sabes?—le dijo cuando yá salía el tren.

Julio, desencajado, la miró torvamente, y, yá solo, sin necesidad de disimulo, cerró los puños y dijo alguna cosa siniestra. Los pasajeros lo miraron un momento extrañados, preguntándose si aquel hombre estaría loco.

Y él, con los ojos cerrados, tendido en su poltrona, con la cabeza apoyada entre las manos, daba vuelta por la centésima vez al cilindro de sus negras meditaciones. ¿Qué debería hacer? Desde luego la sangre iba a brotar a torrentes.

El le había sacrificado todo a aquella mujer infame: su libertad, su talento, sus energías, su amor inmenso y noble; y en cambio no había recibido sino decepciones tremendas. Verdad que ella le había ofrecido las flores de una virginidad ardiente, en un cáliz fragante, hecho como para escanciar licor de dioses, pero luego el ángel quemó sus alas blancas y se vinieron a tierra todas las glorias de la felicidad soñada. Ahora se encontraba solo, desesperado, frente a frente de la realidad horrible, y todos sus padecimientos de dos años de lucha se juntaban con los profundos del momento para producirle el frenesí de una venganza furiosa. Pero lo raro de este caso es que la figura del hombre no cruzaba por el pensamiento de Julio. No. Ella era la culpable de todo. Aquel ladrón de amor no había hecho sino lo que otro individuo cualquiera. Provocado y perseguido por ella en su propio hogar, había cedido a la tentación de la carne, impera-

tiva y enloquecedora siempre. Julio recordaba ahora los días en que Florencia, contra su voluntad y aún contra sus órdenes, iba a la casa del vecino, fingiendo afecto a la esposa de aquel hombre. Lo recordaba y lloraba de furor. De modo que aunque le fuera posible evitar el encuentro entre Florencia y su amante, yá él no podría vivir jamás con tan inicua mujer, porque moralmente estaba consumada la falta.

En este instante el tren se detenía en el Zigzag, y Julio bajó apresuradamente para tomar puesto de regreso a la ciudad.

El quería oír de los propios labios de Florencia la confesión de su culpa, sentir la bárbara estocada en el corazón y hundirse para siempre en la desolación de la hora. Por esto regresaba, con el propósito de realizar un plan previamente convenido.

Ella, mientras tanto, descansaba tranquila, sin adivinar la tormenta. En la noche acababa de comer,

cuando recibió un papel, escrito en letras de máquina y concebido en estos términos:

“No puedo ir al baile. Asunto gravísimo. Te espero en un coche cerrado a la puerta de tu casa, a las ocho en punto. No me llames por teléfono y procura estar en el interior hasta la llegada del carro. Disfraces convenidos. Urgentísimo.”

¿Era posible la duda? Se vistió rápidamente y salió al ruido del coche. En el fondo de éste, disfrazado de Pierrot, Julio la aguardaba temblando. Cuando Florencia entró, los caballos arrancaron al trote y Julio la cogió en brazos, murmurándole, como si fuera el otro, dulces palabras de amor. Ella, balbuciente, lo estrechaba toda trémula, lo mordía en la nuca, detrás de las orejas, se entregaba vencida, como una hembra en celo.

De pronto sintió que los brazos que le rodeaban el torax, apretaban como tenazas de acero, y oyó

allí dentro, muy cerca, en sus propios oídos, una cosa que al principio le pareció inverosímil: la voz de Julio en un rugido de muerte. Entonces gritó, gritó frenética, con la desesperación del dolor y del terror. El cochero, asustado, se detuvo y la gente que llenaba la calle se arremolinó en torno y se precipitó sobre el coche.

Tendida, con su disfraz de Colombina, Florencia yacía inerte, con un espumarajo sanguinolento en los labios, por siempre sin vida las suaves morbideces de su cuerpo, mientras Pierrot, con su grotesca risa de carmín y de albayalde, ocultaba las lágrimas de fuego que le quemaban el alma.





EL FRUTO DE LA BONDAD

AL entrar a su casa, después de terminada la ceremonia nupcial, Josefina se encaró con su marido y le dijo francamente:

—Necesito la llave de mi aposento.

El interpelado, sin inmutarse siquiera, buscó la que se le pedía en el llavero de plata nuevecito, y se

la entregó, con las demás de la casa, a la gentilísima esposa.

—Usted—le dijo—es aquí la dueña y señora, y yo mismo obedeceré sin réplica.

Ella, con un mohín de disgusto, le volvió resueltamente la espalda y penetró en las habitaciones como a lugar conocido, cerrando por dentro con doble vuelta de llave.

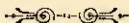
La mirada de Josefina, en la que se reflejaba el desolado horizonte de su espíritu, se extendió por la cámara con una impresión de frío, de tedio, casi de intensa locura.

No era la entrada tímida, pesada, llena de ocultos temores, de la virgen cándida que ama, sin embargo, al esposo elegido, y en su dulce inocencia sueña con el primer beso dado en el misterio de la alcoba nupcial; ni era tampoco el momento largo tiempo esperado por la fiebre de la mujer, virgen de cuerpo pero ducha en amores, durante las horas fúlgidas del noviazgo. Nó. Josefina llegaba allí con el alma herida de muerte y en

su espíritu un duelo profundo desbordaba todas las fuentes de su inmenso dolor. Le parecía como si fuese víctima de una pesadilla terrible, en la cual una montaña se hubiese derrumbado de pronto y ella hubiera quedado bajo las ruinas en perfecto conocimiento.

Empero, todo en torno lucía alegre como para la fiesta nupcial. El juego del dormitorio, un Luis XV de caoba magnífico, se erguía con un raro prestigio en aquella alcoba de pueblo, olorosa a montaña y a pensamientos silvestres. Pendiente del techo, una lucesilla derramaba, desde el fondo de un globo de cristal opaco, sus suaves destellos por toda la habitación, y en las lunas soberbias de los escaparates se reflejaba, con encanto indefinible, el lujo que el enamorado esposo había juntado allí, con gusto exquisito, para halagar a la novia ideal por quien sentía, más que amor vivo y ardiente, fervorosa adoración. Ella, sin embargo, no se apercibía de nada: sus ojos ex-

traviados apenas se dirigieron en solicitud de la imagen de algún santo, sin fijarlos en ninguno de tantos agradables detalles como surgían en torno. Un Cristo de plata y marfil pendía de la pared, sostenido por una cinta de seda, precisamente suspendido sobre la piedra del velador. Josefina cayó de rodillas entonces y apoyando los brazos sobre los mullidos colchones de la cama, hundió la cabeza y bañó con sus lágrimas quemantes, en una explosión incontenible, los albos y ricos cobertores que se pensó cubrirían con la urdimbre de sus sedas suspiros de amor y caricias de ventura.



* * *

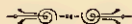
Salida Josefina a los diez y ocho años de un pensionado extranjero, había llegado a su pueblo natal hecha un modelo de señorita. Pronto las brisas del lar nativo, el aire puro del páramo, pusieron en las mejillas de la gentil muchacha el color de las rosas y la tersura encantadora de la juventud y la vida, despertando en torno suyo la más justa admiración y prendiendo la saeta del amor en muchos corazones ardientes. Ella era linda y amable a la vez: si sus ojos grandes y húmedos despedían destellos vivísimos; si sus labios delgados y finos, rojos como los corales, invitaban a las dulzuras del beso; si las líneas de su cuerpo estatuario, a pesar de la discreción del vestido, denunciaban admirables redondeces y encendían con fiereza los impulsos de la pasión; en cambio su voz armoniosa, su delicadeza al ha-

blar, su tacto para expresarse, sin rebuscamientos ridículos, subyugaban el espíritu, haciendo pensar en una existencia de ensueños al lado de la adorable criatura.

Un día Josefina, indiferente hasta entonces, se apercibió de que su corazón latía con violencia. Sus ojos, por fin, entre la turba de adoradores, habían descubierto al fortunoso elegido y ahora su naturaleza virgen se anegaba en la eterna y siempre nueva ilusión de las almas cuando el amor las toca con su varilla milagrosa. Pero este elegido que ella encontraba perfecto, este efebo de rubias guedejas que ella encontraba ideal, no era, sin embargo, el que anhelaban sus padres, aquellos buenos señores, cándidos pero orgullosos, que la habían rodeado siempre de cuidados e indecibles ternuras

Sucedió entonces una cosa singular: mientras Josefina, por no torturarlos, escondía en el interior de su pecho la pasión que se desbordaba en su alma, ellos le bus-

caban marido, un marido a su modo: rico, honesto, sin vicios, trabajador y yá pasado de los excesos de la primera juventud.



*
* *

Enrique Gil se había casado a sabiendas de que Josefina no lo quería, obedeciendo a un loco deseo de su alma. Enamorado de ella como un tonto, seguro del consentimiento paterno y temeroso de perderla por un matrimonio con otro, había resuelto casarse sin esperar a más tiempo, juzgando, por sus propios sentimientos, que ella debía terminar por corresponderle. Realizada la ceremonia, él esperaría con calma, procuraría conquistar el corazón de la esposa y ganarse aquel afecto, que era ahora el afán de su existencia y su más cara esperanza.

Gil tenía para la fecha treinta y seis años cumplidos, pero estaba entero y robusto, fuerte por el trabajo del campo y bastante bien parecido. Aunque brusco de maneras y hasta un tanto burdo en el trato, tenía un corazón de oro.

Desde un principio pensó que necesitaría de paciencia para alcanzar los favores de la amada, para rendir aquella plaza que se resistía a entregarse, pero no creyó jamás que el desamor de su esposa lo obligara a una separación tan completa. No queriendo, sin embargo, obtener por la fuerza lo que le pertenecía de derecho, lo que la Ley y la Iglesia habían sancionado con el consentimiento de ambos, lo que él deseaba que fuese flor de mutuas alegrías y premio dado a la intensidad de su afecto, se decidió a esperar, con resignación de santo, el término de aquel bárbaro suplicio. A fin de guardar las apariencias sociales, ella convino en hacer las comidas en unión de su marido, en salir algunas veces con él y en hablarle delante de la gente, pero de noche cada uno dormía en sus habitaciones particulares, separados por la invencible repugnancia de ella. A los seis meses no habían cambiado las cosas, ni estallado todavía el

primer beso de amor, pero Josefina principiaba a comprender, aunque rechazándolo a veces como una flaqueza de ánimo, la inmensa generosidad de aquel hombre que el destino le imponía por compañero de su desolada existencia. Y en sus íntimas congojas, principió por admirar la muda adoración del marido, su caballerezca conducta, su resignación sin límites, y admirando tales cosas terminó por decirse que ella era cruel en extremo y que debía por lo tanto conducirse si no yá con amor, porque esto era verdaderamente imposible, sí con una cordialidad sencilla en sus relaciones diarias.

Gil comprendió desde luégo y en su alma repicaron las campanas del ensueño. Sin dar a entender que había adivinado el cambio, continuó su vida de adoración silenciosa, sin hablar jamás de amores, complaciente, cariñoso, discretísimo, tal como un devoto sincero ante el santo de sus predilecciones.

Eran los días de diciembre. El cielo radiante, sin una nube siquiera, esplendía en la maravillosa diafanidad de su azul. De los cercanos páramos soplabá sobre los campos y sobre todos los seres animados, con influencia bienhechora, el viento frío pero seco de los vívidos días pascuales, mientras el sol caldeaba las tierras, maduraba los granos y ponía el oro de sus rayos en los fluecos de las espigas grávidas con el fruto de la cosecha.

Y en tanto que el cielo se abría ante los ojos ardientes de Josefina con limpidez deliciosa, y en los nidos había calor de nuevas vidas, y en las sembradas éras parecía apercibirse el movimiento de la eterna germinación, la muchacha, impulsada por un sentimiento nuevo, se sentía poseída de una alegría ruidosa y desbordante que se traducía en risas, en canciones que le salían espontáneas del fondo de su alma, en paseos a través de los campos, por entre los trigales dorados, por sobre las pendientes

de los cerros abruptos. Metía los piés en el agua fría de las quebradas y daba gritos de júbilo; comía frutas en los árboles, cogidos por sí misma, y saboreaba las mieles naturales con singular complacencia; se levantaba temprano para ir a tomar lejos, en las casas de las haciendas vecinas, la copa de leche en el propio pié de la vaca; se sentaba en la tierra húmeda por el rocío de la noche o corría por los caminos gineteando, en el delirio de una felicidad que no hubiera soñado nunca.

Por fin, una mañana, la del aniversario del matrimonio, se levantó más temprano que de costumbre y puso en movimiento la casa.

Salió luego al paseo matinal y trajo blancos manojos de flores, con las que, a escondidas del marido, adornó bellamente la alcoba, organizándola como la encontrara la noche del matrimonio. Gil, que no había entrado allí nunca, ni remotamente sospechaba el trabajo de su mujer, de tal modo que en la

noche, cuando oyó que ella lo llamaba, con trémula voz, desde el fondo del dormitorio, en su corazón dolorido hubo un amanecer de júbilo.

Y fué entonces, allí mismo, en donde un año antes Josefina desesperada virtió las más amargas y crueles lágrimas de su vida, cuando aquellos dos seres plenos de sana energía e insignes por el adorno de la más leal y noble bondad caballereza, juntaron sus labios ardientes y escanciaron el divino licor de la vida en un beso profundo, inacabable, frenético...





LO IMPREVISTO

LA vida de los pueblos es igual en todas partes: vuela un pelo y los corazones se agitan; una cara desconocida despierta el interés de todo el mundo; un acontecimiento cualquiera conmueve la población de extremo a extremo; a la quietud ordinaria sucede de pronto el bullicio de la fiesta; a la murmuración íntima, el estruendo del escándalo.

Figuraos si habría razón para que aquella tarde se alborotara el pueblo, cuando acababa de ser asesinado un cierto Ascanio, personaje de la localidad. El victimario, según decían las gentes, había sido yá encontrado y en breve llegaría, conducido por la escolta, para ser puesto bajo la acción de la justicia.

Con las manos bien atadas a la espalda, por medio de un largo cabestro que le rodeaba el cuello, a poco entraba a la población entre dos filas de guardias.

Era un hombre pequeñito, contrahecho, de ojos vivos, pelo negro, barba corrida y movimientos felinos.

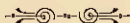
Una fiera...!

Lo llamaban «Rompe Tripas», sin duda por alusión intencionada, y tenía tan mala fama como fea y extraña catadura.

Cuando pasaba, la multitud se estremeció, conmovida e indignada, pero él, con la cabeza en alto y el mirar de insolente desafío, cruzó la calle ileso, protegido por la Ley.

Ahora tocaba la acción al juez y desde luego se dedicó con esmero a la labor de esclarecer la verdad, de poner en limpio los hechos, de arrancar al propio seno de la tragedia las conclusiones necesarias para la satisfacción de la pública vindicta. Bien que el criminal había obrado con tanta ferocidad como cautela, aquél, hombre honrado y consciente de su responsabilidad, había inquirido, rebuscando y descubriendo todos los pasos del delito, hasta señalar con entera precisión la horrible historia del bárbaro suceso irreparable.

Mas, cuando estaba para dictarse la sentencia, tropas revolucionarias asaltan la ciudad y el proceso se interrumpe en fuerza de los acontecimientos.



¿Verdad que es triste la guerra fratricida? Triste y lúgubre, estéril y salvaje. Parece que ella hiciese huir del corazón de los hombres los sentimientos generosos y que las malas pasiones nos cegaran para que no pudiésemos ver el desastre en torno nuestro. Entonces, bajo los cascos ferrados de la caballería, gime, en estertores agónicos, la ubérrima campiña, rica antes en brotes fecundos, en hálitos fragantes, en mieses que son para nosotros dones benditos de la Madre Naturaleza; los campos quedan solos, abandonado el bohío hospitalario, tintos en sangre los caminos, agotadas las fuentes del trabajo, las sociedades en dolorosa alarma y la vida de los hombres de bien expuesta a rodar aniquilada en el polvo de las tremendas hecatombes; y cuando la ola de la devastación abandona la ribera que un día encontró plena de encantos, para ir quizás a caer con violencia de vorágine sobre otros seres felices

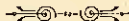
y otras cosas, los ojos no encuentran sino ruinas: perdida la cosecha que esperábamos con ansia, mutilados los miembros del padre de familia, en la sabana remota o en el repecho abrupto blanqueando las osamentas de los mártires, y por sobre todo, como un grito supremo, la queja enorme, incontenible, desesperada del pecho herido y sangriento de la patria.

Pues sucedió, como os decía, que tropas revolucionarias tomaron la ciudad.

Empresa fácil, porque ni se esperaba el golpe ni había elementos para hacer una defensa. Protegidos por una noche oscura, los asaltantes ocuparon las entradas principales, atravesaron las estrechas callejuelas y llegaron a la plaza, donde se alza el vetusto edificio de la cárcel. Fué cosa de un momento. Inmediatamente quedaron en libertad los presos y armados de soldados. El Jefe Civil, excelente hombre, sorprendido en su casa de familia, fué ultimado a mache-

tazos. Los empleados que no pudieron escapar, pronto ocuparon el lugar que antes tenían los criminales. Negra noche de horror! En los hogares era todo una plegaria. Los niños, ofrenda de inocentes, quemaban palma bendita, hincados de rodillas, pidiendo la protección del cielo, y en los altares ardía la sacra vela de cera, rica en virtudes protectoras, que consagran en las Iglesias el día 2 de febrero en honor de María de Nazaret.

Por fin, tras un siglo de agonía, el alba, como un rosal florido, comenzó a deshojar todos sus pétalos en el pálido horizonte.



* * *

«Rompe Tripas», a la cabeza de veinte compañeros, habíase afanado toda la noche y parte de la mañana inúltimente. Buscaba al Juez. En cuenta de lo que éste trabajara por hacerle sentir los rigores de la Ley, deseaba tomar una venganza que hiciera eco en los anales políticos del pueblo. Mas el honrado funcionario no aparecía en parte alguna. Todas las casas habían sido yá registradas con un resultado negativo, y el audaz homicida sentía hervir en su alma todas las furias de su rencor satánico, cuando uno de los de la banda le recordó oportunamente:

—Nos falta todavía la casa del cura, capitán...

Era verdad, porque éste no se había atrevido, por un resto de temor supersticioso, a violar aquella única morada. Sin embargo, fuerza era dar fin al capítulo. El Juez debía parecer por encima del demonio, costara lo que costara, a todo trance. Rodeó la casa, puso

centinelas en las puertas y penetró. El Juez tampoco estaba allí, pero detrás de una imagen, en el cuarto del presbítero, lívido y tembloroso, apareció el Secretario.

Inmediatamente fué conducido a la sala del Juzgado.

—Ahora, señor Secretario,—le dijo el improvisado Jefe con una sonrisa pavorosa—me entrega usted mi expediente. Sin perder medio minuto ¿entiende usted?

El Secretario abrió el cajón del escritorio, sacó la llave del estante y de éste un legajo de papel, que entregó a «Rompe Tripas» sin poder articular una palabra.

Había cierta solemnidad en el recinto. Sólo «Rompe Tripas» interrumpía el silencio contando las hojas del legajo:

—Una, dos, tres...

Al terminar exclamó, dirigiéndose al Secretario:

—Cuarenta y dos... Quince para usted y veinte y siete para el otro, cuando le ponga la mano. Se las come ahora mismo ¿entien-

de usted? En este mismo momento, y si nó, rece lo que sepa, porque la muerte anda cerca. Y volviéndose a los suyos, ordenó:

—Guardia!... firmes... preparen... apunten...

El Secretario no se movía. Alelado, contemplaba las hojas de papel que lucían en las manos criminales, más cuando vió las armas tendidas en dirección de su pecho, rasgó una de aquéllas y comenzó, en medio de gestos convulsos, arqueando a cada instante, a tragarse casi enteros los fragmentos de papel. A la segunda hoja cayó sobre el pavimento desmayado.

Entonces «Rompe Tripas», satisfecho de su obra, salió con sus hombres a la calle y gritaron con frenético entusiasmo:

—Viva la libertad!

—Vivaa!

—Abajo los godos!

—Abajoooo!

Era pleno mediodía...



EL PERDON

I

PRIMAVERA había puesto en aquellos dos corazones la savia potente de la vida, cuando un día ella surgió ante los ojos atónitos de él como una aparición celeste y el amor puso en las almas de los dos afortunados el perfume de la primera ilusión.

Luz radiante la que iluminó entonces la senda que ellos recorrían! La alegría de vivir se desbordó co-

mo un raudal por sus arterias flexibles, por sus músculos resistentes, por los cordones vibrantes de sus nervios, por la piel lustrosa y suave de sus rostros, por todos los órganos de sus cuerpos dispuestos yá para la unión ardorosa de los sexos. ¡Qué satisfacción tan plena la de aquellos días vividos al calor de la esperanza, entre esencias y suspiros, en medio de palabras de miel y promesas de una eterna fidelidad!

No era el goce tranquilo, educado, previsivo y estudiadamente sensual que los años nos ofrecen, sino aquel otro impetuoso, ardiente, profundo, inmenso de los días de la juventud primera, cuando el vuelo de un insecto, el aroma de una flor o el sonido de una nota musical nos encantan los sentidos; cuando al aspecto de la naturaleza los pulmones se ensanchan en los pechos y las ideas despuntan como auroras en el cielo de nuestra imaginación; cuando todo nos conmueve o nos llena de entusiasmo, des-

de el crepúsculo triste de la tarde, eternamente propicio al reinado de la hermana Melancolía, hasta los amaneceres radiantes de nuestra hermosa zona, cantados por la gloria del sol y por las mil voces sonrientes de la tierra en perpetua germinación.

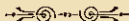
Educado en un medio sanísimo, aquel muchachote robusto, a quien sus padres llamaban cariñosamente Finito, en lugar de Serafín, representaba de una manera cabal sus diez y ocho años cumplidos. Fuerte por la educación recibida, por la pureza del clima, por el gimnasio material y moral a que lo habían sometido desde niño, inocentón por una parte y muy vigilado por la otra en sus tratos con mujeres, apenas si lograba algunas veces holgarse de una manera justa con las chicas del servicio de la casa, untadas de papelillo y esencias, o con las mozas de la hacienda de su padre, plenas de fuerza vital, pero pestilentes a mugre y a suciedades recónditas.

Natural es que al conocer a Luisilla se enamorara de ella como un loco y pensara desde luego que no pertenecía a la clase de mujeres que había conocido hasta entonces. Era indudablemente distinta: suerte de ángel o estatua, de pájaro o flor, de arpegio o perfume. Cuando hablaban, la voz de la adorable criatura le parecía algo así como música divina; si la miraba de frente, los ojos de la muchacha, grandes y negros, redondos y húmedos, lo conmovían hondamente, como al conjuro de fuerzas desconocidas; si por acaso las manos del uno se rozaban con las de la radiante elegida, o los cabellos de ésta, finísimos y rubios como hilos de rica seda, jugaban audaces sobre la frente del mozo, empujados por las benditas complicidades del viento, entonces, ah! entonces él se sentía poseído de transformaciones súbitas, dulcísimos cosquilleos le corrían sobre la espalda y todas las fibras de su poderoso organismo se estremecían como movidas por las corrientes

de una pila verdaderamente diabólica.

Pero Luisilla podía vivir tranquila los cortos días de aquellos lindos amores, porque Finito ni siquiera concebía en las turgencias de aquel cuerpo, hecho como de armiños y rosas, los temblores de la carne, ni las atroces bestialidades humanas.

¡Bendita ilusión de los primeros abriles que nos hace soñar sobre el barro de la vida la idealidad de las cosas superiores!



II

El 24 de marzo de aquel año, Finito, acatando la voluntad de sus padres, partía hacia la capital a terminar su carrera. Esto era, en realidad, un pretexto, porque ellos no querían el matrimonio y deseaban alejar al muchacho para evitar el peligro. Confesaban que Luisilla era una perla, un clavel, como decían las buenas viejas del campo, pero no querían que su hijo se encadenara tan joven al poste de una obligación tan grande. Anhelaban para él un brillante porvenir, y Luisilla no contaba sino con su nombre limpio, con su dulce primavera y con su belleza de flor. Verdad que esto era bastante, pero nó lo suficiente. Falta en uno y en otro algo más positivo: juicio, edad y conoci-

miento del mundo. Dinero, nó, porque ellos, los padres, lo tenían en abundancia, pero ¿debían convenir, por un sentimentalismo tonto, en tamaño disparate? De ningún modo. Que fuera a estudiar primero, que se divirtiera un poco, que aprendiera a abrirse paso por entre las malezas de esta existencia bravía, y luégo, si ambos se amaban aún, que se echaran por jamás la gran cadena. No quisieron amargar la despedida con reflexiones ingratas, ni dejaron comprender a los desesperados muchachos sus ocultos pensamientos, porque confiaban en el tiempo y en las diferencias del medio para conjurar el mal paso.

Aquí en Caracas, gracias a su posición monetaria, Finito encontró buenos amigos, más de un hogar honorable le abrió francamente sus puertas y más de una muchacha gentil le sonrió con amorosos designios; y el enamorado que en un principio lloraba los rigores de la ausencia, y traducía en car-

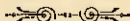
tas llenas de fuego sus pensamientos y sentimientos, y soñaba diariamente con la vuelta al terrón de la parroquia, terminó por acostumbrarse a la vida de esta ciudad avileña y se consagró a los estudios con decidido entusiasmo. Bien pronto era el primero en sus clases. A los dos años tenía ya un nombre en la prensa, porque también escribía versos sonoros y prosas de una delicadeza admirable.

Y ¿Luisilla? Ah! Luisilla se moría en la lejana ciudad. Tísica, decían unos. Mal de amores, decían las buenas viejas del campo. Lo cierto era que se moría lentamente. Herida por el desengaño, triste como un pétalo marchito, inclinaba su frente, llena de intactos candores, hacia el seno de la tierra, lejos del dolor de la vida, del horror de la vida.

¿Qué ocurría? Al principio la correspondencia del mozo era frecuente, afectuosa, apasionada. Luego, al cabo de meses, decrecía poco a poco. Por último se hizo ra-

ra, sin fuego, aunque siempre cariñosa. La pasión se desvanecía lentamente. Sobre el amor ideal caían, con avance triunfador, el afán de los estudios, la locura del renombre literario y el amor de otras mujeres.

¿Habr  nada más humano?



III

La noche del 24 de marzo, tres años justos de haber salido de la tierra donde se meció su cuna, Serafín (yá nadie lo llamaba Finito) se encontraba recogido desde temprano en su pieza del hotel.

Estaba triste, malhumorado, con algo de dolor de cabeza, con mucho de raros presentimientos.

¿Qué era aquello? Sin duda la fatiga del trabajo. Había estudiado bastante los días anteriores y escrito innumerables cuartillas. Tal vez tenía una excitación consiguiente, y luchaba por dormirse para dominarla, pero no lo podía conseguir, por más esfuerzos que hacía, a pesar de ser un dormilón rematado.

Tendido boca arriba en su cama de resorte, con las cortinillas del

mosquitero corridas y apagado el foco de luz eléctrica, ahora meditaba con afán en las cosas de su vida, recorría los senderos de su juventud envidiable y pensaba que debía sentirse feliz, porque no encontraba nada que reprocharse y sí más de un motivo de honestas satisfacciones. Sólo le dolía el alma al recordar a Luisilla. ¿Por qué? Comprendía que había sido ingrato con la candorosa niña, que había faltado a los juramentos hechos y que acaso era la causa de la enfermedad que la hería. Y al añorar estas cosas, allí, solo, en aquella pieza de hotel, conmovido por el desconcierto de su sistema nervioso, lejos de la madre adorada, del cariñosísimo padre, de la casta doncella que le había brindado la campánula azul de la primera ilusión, algo como un lazo de fuego se le anudó en la garganta y largos hilos de lágrimas corrieron por sus párpados ardientes. ¿Sería aún tiempo de remediar el mal hecho?

En aquel instante sintió ruido en la puerta de la pieza, como de alguien que entraba. Sin embargo, él había cerrado con dos vueltas de llave. Pretendió incorporarse para abrir el foco eléctrico o encender una cerilla, pero notó, con terror supersticioso, en medio de las tinieblas, allí mismo delante de su cama, una silueta pálida, circundada de luz blanca, envuelta como en túnica de armiño. ¿Sombra, acaso, de su loca fantasía? Tal vez sí, pero allí estaba, allí la veía él, cuando unos dedos afilados recorrieron las cortinas lentamente y un rostro de mujer, albo y tenue como un pétalo, coronado de cabellos rubios, se inclinó sobre el lecho y musitó en los oídos del enfermo, con acento de indecible ternura, la frase de la suprema bondad:

—Te perdono!

Al día siguiente un periódico de la mañana traía las siguientes líneas en la Sección de Sociales:

«Nos comunica nuestro correspondal que anoche dejó de existir en su ciudad nativa la bella y distinguida señorita Luisa del Alba, de altas vinculaciones en aquella sociedad. Nuestro pésame a sus deudos».





LA PAVANA (1)

AQUELLA mañana, después de una noche de angustias, Luisa vió sobre el techo de la casa el perfil de *la pavana*. Esta había estado cantando toda la noche, con su lúgubre y monótono canto, anunciador de la muerte, y la joven señora se

(1) Ave nocturna, cuyo canto monótono se asemeja a una campanada que se repitiera lentamente durante horas enteras. En el Estado Miranda la llaman *pavita*.

levantó desesperada, creyendo ver yá sobre sí el peso demoledor de la catástrofe.

Luisa tenía razón de sobra para alarmarse, pues, según decía toda la gente del pueblo, la presencia del ave agorera no fallaba nunca cuando la muerte agitaba su guadaña inexorable a las puertas de un hogar, sobre la cabeza de alguno de los señalados para entrar a ser parte en los dominios de la muerte de la maravillosa transformación permanente de la vida. Era como una especie de canto fúnebrario que precedía sin falta a los que iban a traspasar los umbrales de la tumba.

¿De dónde venía tal abusión? Su origen se prolongaba hasta el fondo de los más remotos días, perdiéndose en las oscuridades del pasado, pero la verdad es que en la población se tenía el fatídico canto como un signo infalible de desgracias. Había vibrado durante varias semanas en los días anteriores al terremoto que destruyó la

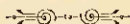
ciudad; había llevado el desesperante sonido de sus notas hasta el espíritu de todos los vecinos cuando la inundación pavorosa de aquella terrible fecha; había conmovido los corazones en todos los momentos de los estallidos políticos y de los conflictos guerreros; y, por último, había puesto la tribulación en todas las almas en cuantas ocasiones de duelo surgieron sobre la existencia de la combatida villa, flor del valor militar y de la heredada hidalguía castellana.

Luisa corrió a la ventana con ánimo de buscar consuelo en la cara de algún vecino o en el gesto de los escasos transeuntes, pues aún cuando nada de particular había ocurrido hasta entonces, ella se sentía conmovida, nerviosa, fuera de sí, como bajo la presión de un presentimiento funesto, como si tuviera sobre la caja del tórax un peso de resistencia invencible, como si en su organismo se hubiese roto de pronto la armonía de todos los resortes internos, robándole los ma-

tices a sus mejillas de rosa y la dulce expresión a su semblante de recién casada feliz.

La mañana, empero, se despertaba radiante: los cerros vecinos perfilaban hacia el infinito sus cumbres cubiertas de verdores; el cielo, azul, sin una nube siquiera, lucía sereno y suave, como en una alegoría de Murillo; y en los árboles del jardín, y en las enredaderas del parque, y en las plantaciones de las cercanas vegas un hálito renovador emanaba de la tierra húmeda, de los nidos tibios, de los cálices llenos de perfume, de los pétalos enjorados con el fresco rocío de la noche.

Y como nada le hablaba de sus presentimientos, Luisa, recordando al esposo, desechó sus temores y dejó que asomara a sus labios una sonrisa de amor y de esperanza.



* * *

El matrimonio de Luisa databa de pocos meses. Matrimonio de amor vivo y ardiente, sin vanos intereses ni conveniencias de familia. Amor de esos que estallan para exaltar corazones o para consumirlos, que llenan de luz una existencia o que sepultan en el alma la trágica crueldad de los dolores eternos.

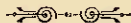
Pero por una rara ironía del destino, que en ocasiones parece que se complaciera en torturar a las almas, apartando la copa de la felicidad de los labios sitibundos, desde que el sacerdote había puesto la bendición de la Iglesia sobre la frente de los dos elegidos, sancionando de modo irrevocable y solemne lo que la naturaleza había atado con los lazos de la más fiera pasión, desde ese mismo momento una sombra de angustia empezó a condensarse, como una amenaza inminente, sobre aquella ventura sin límites, semejante más bien a un

encantador ensueño que a una realidad de la vida.

Luisa vió desde los primeros momentos que el objeto de sus ansias, el esposo adorado, estaba en peligro de muerte, pues enemigos pequeños, ruines diré mejor, asechaban sus pasos y tendían en su camino las celadas que debían aniquilarlo. Por un milagro había escapado hasta entonces, pues en más de una ocasión él había sentido silbar las balas en rededor de su cuerpo, y ambos, por un fenómeno de hipnotismo muy frecuente, sentían sobre sí, aún estando recogidos en el interior de su casa, las miradas del crimen que les taladraban las carnes.

Pero el compañero no temía ni la asechanza pérfida, ni el ataque de la negra alevosía, porque era hombre de alma serena y de corazón bien puesto. Por otra parte, el amor le daba fé en su destino y no creía, como nos sucede a todos en las horas del placer, que pudiera llegarle tan pronto el mo-

mento de la eterna despedida. Le parecía inverosímil que él, tan joven y lleno de salud y de fuerzas, pudiera caer de repente bajo el filo de la guadaña implacable; le parecía inverosímil, aún en presencia de los hechos realizados, que aquella unión admirable, que aquel amor prodigioso, que aquella felicidad infinita pudieran caer aniquilados bajo el peso abrumador de la iniquidad de los hombres. Y ante el sobresalto constante de la amada, sonreía lleno de satisfacción íntima, pleno de amor y de esperanza.



* * *

Mario Canales, a pesar de la confianza en sí mismo y de la fé en su destino, estaba, sin embargo, en peligro, y los temores de la joven compañera eran verdaderamente reales.

En aquella localidad dada a la lucha, combatida fieramente por las pasiones políticas, acostumbrada al matonismo guerrero, la figura de Canales aparecía como una torre elevada en una extensa llanura cuando ruge la tempestad. Fuerte, impetuoso, valiente como un caballero antiguo, tenía necesariamente que entrar en choque constante con la intriga de los unos y con la venalidad de los otros, bien entendido que como él era noble enemigo, especie de león para el ataque de frente, pero nulo para el ejercicio de las armas del engaño, llevaba sin duda perdido de antemano el combate.

En verdad Mario Canales era un gallardo tipo de hombre de mun-

do: franco, sincero, generoso, decidido, inteligente, galante y bravo como el mosquetero D'Artagnan. La tez sonrosada y la expresión agradable de su fisonomía contrastaban a veces con la energía que demostraba en sus luchas por la vida y por su propio decoro; la mirada chispeante de sus grandes ojos negros era como la de un héroe de fúlgida epopeya; la fuerza de sus músculos, acostumbrados a domar potros y a vencer obstáculos, había perseguido más de una vez al tigre hasta su cubil y al enemigo hasta ofrecerle el dolor de la derrota. Más no se crea que era el pendenciero vulgar, amante de bochinches y alborotador de oficio. Nó. Era el hombre culto, de buena estirpe y de honradas costumbres, que se respeta a sí mismo y defiende sus derechos y su nombre.

Una noche vinieron a tocarle la puerta. La hermana, de gravedad en el pueblo vecino, lo llamaba con insistencia desesperante. Canales

se levantó y en un momento estuvo listo para cumplir con el deber fraternal.

Luisa se le colgó al cuello y con lágrimas en los ojos le suplicó que no fuese.

—Vida mía: no vayas; por nuestro amor, no te separes de mí. Acaso sea una celada enemiga, un lazo para robarte al calor de nuestro afecto...

Mario, conmovido, besó con pasión aquella frente adorada y se desprendió de los brazos de la esposa. Casi a la fuerza pudo montar y en breve las pisadas del brioso y noble alazán se perdían a lo lejos entre los suaves murmullos de la hora.

Luisa no se acostó en toda la noche, dominada por la fiebre, temerosa de la terrible desgracia que presentía desde los días anteriores. Para colmo, estuvo oyendo toda la noche aquel lúgubre canto de la *pavana* de que os hablé al comenzar mi relato. Pero ya habéis visto cómo en ella, pro-

digios de la juventud y el amor, con la luz de la mañana se disiparon todas sus penas.

No obstante, después del desayuno, comenzaron a llegar algunas personas de la familia, y ella notó cierta expresión indominable en los rostros. ¿Qué era aquello? ¿Había ocurrido alguna desgracia?

Sí. Mario Canales había sido engañado vilmente, explotando los sentimientos de su alma generosa, y atacado en el camino por una pandilla de bandoleros, había sucumbido combatiendo heroicamente.

En la calle, una viejecilla del vecindario, secándose con el pañuelo las lágrimas, exclamaba convencida:

—El canto de la pavana no engaña. El canto de la pavana es anunciador de la muerte...!





LA AFICION DE DON FERMIN

A la entrada del pueblecillo, brutalmente encajado entre dos cerros, se alzaba la casa de Don Fermín Iriarte, rodeada de un extenso terreno, mezcla de quinta y hacienda, en donde el honrado señor trabajaba asiduamente para sostener con holgura a su familia. Por delante un jardincillo siempre lleno de flores era clara muestra de que las manos de

la mujer ponían todo su empeño en vestir con las galas de la naturaleza el sereno exterior de la campestre vivienda, en alegrar con la frescura de los pimpollos y la seda de los pétalos aquel sitio delicioso, lugar de trabajo y de recreo, en donde el amor y la virtud ponían tintes de encanto en la vida de sus felices moradores.

Detrás de los tejados rojizos se alzaban los árboles del huerto, mostrando a trechos la maravilla de sus frutos, que ora esplendía en vivas llamas en los rubíes de los granados frondosos, o mostraba todo el lujo del oro en la carga de los naranjos dulces, o impregnaba el aire con las suaves esencias de los limones, o encantaba la vista con las tersuras de los duraznos en sazón.

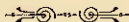
A un lado se extendía el potrero de las vacas de leche, sombreado por la tupida frondazón de los guamos y pomarrosos. El terreno lucía cubierto de una yerba menuda, siempre fresca por el riego

constante y por la virtud generosa de la tierra. De allí subían las vacas al interior de la casa, en donde todos los días, entre las seis y las siete de la mañana, la excelente señora de Don Fermín, rodeada por los hijos, practicaba personalmente el ordeño. A tal hora el regocijo reinaba en aquel amplio patio, rodeado de corredores y empavimentado con blancas y menudas piedras de río. Era de ver la cara de satisfacción de los *viejos* cuando alguno de los hijos pequeños o de las niñas yá casaderas empuñaban la copa llena del blanco jugo materno y rebosante de tibia espuma, hasta escanciarla con sorbos sonoros y gestos de verdadero placer. En veces el propio Don Fermín cogía con ambas manos la *camaza* en donde se practicaba el ordeño y bebía hasta cansarse del exquisito líquido, pasándola, con exclamaciones de júbilo, al hijo que encontraba más a la mano. Vida llena de fuerza, de salud, de franqueza

y de bien. Cuando a poco, terminado el ordeño, los becerrillos emprendían, por su parte, yá libres de enojosas manecas, el trabajo de arrancar a la madre el alimento, golpeando la ubre para hacer bajar la leche escondida por la previsión maternal, entonces Don Fermín abría las puertas del patio a las gallinas, las que entraban en tropel, formando corros en rededor de las reses, a las que arrancaban, a saltos, las garrapatas hinchadas y relucientes por la succión de la sangre. Y mientras de la cocina pasaban para el comedor los sirvientes, llevando las bandejas abrumadas de jojotos y calientes arepas de maíz, de huevos fritos y caraotas humeantes, Don Fermín se entretenía en repasar las gallinas, contar los pollos, examinar la hermosura de las pollas ponederas, admirar la belleza de los gallos patarucos o finos y echarles a puñados el maíz que había de alimentarlos durante todo el día.

Dulces alegrías las de este hogar

tranquilo. Allí no se oían sino risas de niños, voces de cariño y de paz, órdenes para el trabajo del campo. En veces algún pájaro, sin hierros que aprisionaran su vida, cantaba a pleno pulmón, en las propias matas del patio, sus amores o pesares; a lo lejos se escuchaba el estruendo del río al romper sus cristales en el cauce pedregoso; y por todas partes vibraba dulcemente, como una bendición de los cielos, la armonía prolongada y eterna de la naturaleza.



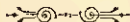
Con todo ¿creeis que no había alguna espina que penetrara en las carnes de aquellas gentes sencillas? Pues si así lo pensáreis erraríais lamentablemente. Parece que en el destino del hombre hubiese intervenido una divinidad maléfica para no permitirle nunca el goce de una felicidad completa.

Porque bien sabeis que rara vez andan juntas en una misma persona todas las cosas que deseamos y hacen grata la existencia: amor, talentos, gloria, poder, sangre o fortuna. Alguno falta, si nó son dos o tres, que entonces, y por la misma lejanía, deseamos con más fuerza. Si el talento anda roto y mal pergeñado en veces, generalmente el dinero persigue con afán, sin alcanzarlos, los encantos del amor que no se paga, o de la inteligencia que nos deslumbra siempre, o de la gloria que no se deja alcanzar sino por los elegidos. Para que la dicha se ausente, sobra en ocasiones alguna cosa también: el

encono o el ajeno de la envidia, el exceso de amor propio o la vanidad mal fundada, el vicio que envenena los sentidos o la mezquina ambición que los tortura.

Pues bien: en aquella morada llena de gracias, un sistema de alfilerazos continuos ponía la amargura del dolor en la copa de mieles que se apuraba diariamente. Don Fermín Iriarte tenía una debilidad invencible. Era lo que se llama un *gallero*. Hombre cuerdo para todas las cosas de la vida, se exaltaba como un enajenado cuando se le nombraban los gallos. Entonces discurría con afán horas enteras, relataba historias horribles y accionaba con la mímica de la lucha. Siendo culto y afable, apacible de carácter y abundante en los nobles sentimientos, se convertía al entrar a la gallera en un furioso terrible, que gesticulaba poseído por un raro frenesí y gritaba hasta romperse las propias cuerdas vocales. Más de una vez se había visto en graves peligros

a consecuencia de este estado nervioso, sobre todo con las personas que no conocían sus condiciones privadas, ni la honorabilidad de su intachable conducta. Y era por tales motivos que en la felicidad del hogar de Don Fermín se cernía en veces, como una nube de angustias, la sombra de algo que era en verdad la amenaza de un presentimiento.



Con motivo de celebrarse la fiesta de la Virgen Patrona de la histórica Villa, se concertó, entre otros actos, un resonante desafío entre las *cuerdas* de la ciudad y un pueblo de las inmediaciones. Las peleas debían comenzarse al salir de la misa parroquial y Don Fermín, como uno de los prohombres en el ramo, aportaba a las lidias dos gallos de gran fama. Uno de éstos lo llamaban *Bolivita* y era el encanto de Don Fermín, quien aseguraba que era *de su cría*. El lo había alimentado desde chiquito, lo había educado con mimo como si fuese un hijo y ahora le profesaba cariño como de padre amantísimo.

El día de la fiesta, la ciudad lucía engalanada y sonriente. Los frentes de las casas, adornados con festones y coronas de flores naturales, con cintas azules y banderitas blancas, testimoniaban la piedad religiosa más ingenua. En la Iglesia repicaban las campanas con alegría vibrante, y los cohetes es-

tallaban en el espacio elevando hasta los caseríos lejanos, hasta los campos remotos, los ecos del regocijo público. La puerta de la gallera, desde por la mañana, esperaba la entrada bulliciosa de los apasionados deportistas. Una bandera, con un gallo pintado en blanco y azul en actitud de cantar, indicaba, mejor que con una frase escrita, el objeto de la casa.

A las once principiaron las peleas. Don Fermín, sumamente nervioso, estaba pálido y conmovido. Había perdido el primer gallo, después de una lidia angustiosa, y se preparaba para entrar en combate *Bolivita*. Este era *un tres libras, canagüey, pata amarilla, espuela de limón, ojo de sapo*: una verdadera pintura en sentir de los galleros. Puestos los gallos dentro de las tradicionales busacas, fueron metidos al peso.

—Tres libras *nectas*, gritó el contendor de Don Fermín.

Este examinó el peso, la busaca del contrario y las manos del

pesador, y luego, silencioso, se sometió al mismo examen.

—*Nectas*, dijeron dos o tres voces.

Por una rareza no hubo discusión en este acto, pues es sabido que el momento de pesar a los gallos para las peleas es lo que ofrece más dificultades en tal deporte.

Don Fermín tomó su gallo, lo acarició largamente, le introdujo una pluma mojada en el gañote, lo escupió con buchets de agua por debajo de las alas y del rabo y le afiló las espuelas hasta dejarlas como dos agudas leznas. Esto mientras el contrario practicaba iguales maniobras en el suyo y mientras los espectadores, que llenaban materialmente el recinto, gritaban con desaforadas voces:

—Cuarenta fuertes tiene el *pinto*....

—Cien cuentas le pago al *cana güey*....

—Pago de a doce y voy al *pata e cebo*....

Por fin, sueltos los gallos, comen-

zó la riña con ventaja para el bravo *Bolivita*. El gallo, verdaderamente hábil, ni se dejaba picar por el contrario, ni dejaba de herir en cada tiro. Una pelea de incuestionable emoción. Un estruendoso vocerío llenaba la gallera y los jugadores, con los rostros contraídos, crispados los puños y los ojos vertiendo llamaradas, se desgañitaban, apostrofándose como unos condenados y lanzando toda clase de insultos contra los infelices combatientes.

Don Fermín, excitado por la pérdida anterior y en el frenesí del más terrible entusiasmo por el éxito de su querido *Bolivita*, a cada tiro de éste, a cada picada que decidía más el sangriento duelo, agitaba los brazos, manoteaba en la cara del otro jugador y gritaba enloquecido:

—Ese es gallo!... Ese es gallo!...

Bolivita estaba intacto, bañadas las espuelas en la sangre de su enemigo, el cual, aunque ciego completamente y con la cabeza destrozada, de cuando en cuando

levantaba las patas en un esfuerzo supremo de valor y desesperación. Pero he aquí que en uno de semejantes esfuerzos *Bolivita* cayó herido de muerte, revolcándose en la arena del circo en las últimas convulsiones de la agonía.

Un trueno de exclamaciones, de palabras entrecortadas, de gritos, todo en forma delirante, estalló entonces. Pero a los gritos sucedió bien pronto el silencio, un silencio de estupor y de espanto. Don Fermín Iriarte, el honrado Don Fermín, el dichoso Don Fermín, acababa de caer, víctima de la violenta emoción, como bajo el impulso de un golpe: vidriosos los ojos, llenos los labios de sanguinolenta espuma, apagada la voz en la garganta, sin vida para siempre el corazón palpitante y generoso...





VICTIMAS DE LAS COSTUMBRES...

AQUELLA mañana Manuel Juárez, el conocido ingeniero, trabajaba en la dirección de una fábrica, y desde la acera opuesta de la calle seguía el movimiento de las cucharas que los alarifes manejaban con actividad creciente, destacando molduras y perfiles sobre la mampostería recién alzada.

La calle estaba desierta y un sol

reverberante calentaba el pavimento de concreto, ponía reflejos opacos en las aceras y hacía entornar los párpados a los escasos transeúntes que pasaban en direcciones distintas.

Suavemente, un perfume de mujer invadió el espacio y llegó en ondas del viento hasta el sitio en donde el ingeniero, silencioso y tranquilo, inspeccionaba el avance de la obra. Manuel aspiró el aire con delicia y volviendo la cabeza a la derecha, sus ojos se encontraron de manos a boca con otros ojos, negros y grandes, que se fijaban en él no sé si con curiosidad o con placer, tal la insistencia de las miradas que lo envolvían, conmoviendo sus fibras interiores.

Manuel que además de ser un robusto ejemplar de raza, había sido un tipo afortunado en historias de amor, siguió, como era natural, y hasta con cierto regocijo íntimo, el choque de aquella mirada audaz y provocadora. Y como los tales ojos tenían un marco gra-

cioso, en un rostro de piel blanca y suavísima, orlado de cabellos negros y magníficamente suspendido sobre un busto de mujer cuyas líneas vigorosas invitaban a los delirios de la pasión, Manuel, olvidado de todo en ese instante, se puso a seguir con la vista a la dueña de tan ricos encantos, hasta verla entrar a poco en una de las casas del vecindario.

Por una rara sugestión del momento, el joven ingeniero se había aferrado a la idea de que en aquella fresca mujer, sin duda comparable a un fragante brote de primavera, no lucían aquellas tersuras de la tez, ni aquellos tonos de nácar, sino estimulados por los ardores de una viudedad reciente. Ni siquiera se le ocurrió pensar que podía encontrarse en presencia de una soltera ilusa, ni mucho menos que entre los dos pudiera interponerse un obstáculo cualquiera.

Ella, por su parte, sonreía, a poco de entrar a su casa, en el

marco de la ventana; se había quitado el sombrero y desde lejos mostraba la blancura de unos dientes perfectos, contraídas las comisuras de los labios en una explosión de júbilo.

Para Manuel, domador de corazones, aquellos signos tenían un lenguaje demasiado expresivo para que no lo entendiera fácilmente, mucho más cuando la luz de los ojos femeninos había establecido desde los primeros instantes una corriente magnética a todo lo largo de la espina dorsal del ingeniero.

Adormecido con tales demostraciones y hasta satisfecho en su vanidad de hombre, Manuel se dejó arrullar por los cantos de aquella sirena que lo atraía tan suavemente hacia las playas doradas del pecado. No sentía en su interior remordimientos, ni sobresaltos, ni temores de ninguna naturaleza; y pensaba que mal podía él esquivar un encuentro que lo venía a com-

batir en sus propios atrincheros.

Ella también se sentía completamente feliz. Habíase encontrado con un hombre de raras prendas de espíritu, de inteligencia cultivada, de palabra fácil y afable, de corazón generoso y apasionado. ¿Qué más podía desear?

Sólo que ya toda la familia se había impuesto de los amores de Carmen (se me había olvidado decir a ustedes el nombre de la electa), y ya el vecindario murmuraba cosas negras de las frecuentes paradas de Manuel en la ventana, y ya el suave murmullo de los besos había vibrado dulcemente por entre los hierros de los clásicos balaustrados, cuando aún en la casa de la amada no sabían ni siquiera si el ingeniero estaba sin impedimento alguno para contraer matrimonio.

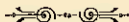
Una noche, sin embargo, a la hora de la comida, el padre de Carmen se atrevió a protestar, aunque de manera débil, pero com-

batido agriamente por la esposa, se enardeció de pronto y amenazó formalmente:

—Ahora mismo llamo a ese hombre y le pido explicaciones.

—Nó, no lo harás, luego ni nunca—clamó airada la esposa... No faltaba sino que vinieras ahora con tales ridiculeces...

En esto la muchacha se agitó en una convulsión repentina, mezclada de sollozos, y ambos dejaron de discutir para correr en su auxilio.



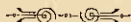
* * *

Manuel Juárez era un tipo de provincia, sano y fuerte. Hijo de padres «humildes, pero honrados» había mostrado gran aplicación desde los días de la escuela y un gran deseo de ser. A esfuerzos propios, llenos de sacrificios enormes, logró alcanzar el título de agrimensor en su tierra, y entonces dedicóse a ejercer tranquilamente, aprovechando la rara coincidencia de hallarse ausentes los dos o tres profesionales del pueblo. Pronto tuvo economizada una suma regular, con la que se vino a Caracas,

en donde se doctoró en la facultad respectiva. Los días que pasó entonces aquí fueron de estudio, de reclusión absoluta, de trabajo. Juárez era un aspirante práctico. Deseaba llegar a la altura de sus nobles aspiraciones y no se detenía a ver las florecillas que crecen a los lados de la vía. Apenas cuando ya recibió el grado, tuvo unos ocho días de parranda, de coche diario, de mujeres alegres y de amigos jacarandosos. A los ocho días se embarcó, llevando sólo de Caracas la visión aburridora de la casa de pensionistas en donde permaneció encerrado durante los días de los repasos y el hastío de los botiquines, de las calles vistas al correr de los coches, de los amigos frívolos y de las pobres mujeres que le brindaban caricias a cambio de vinos caros, de cenas suculentas y de magníficos billetes de banco. Cuando llegó a la provincia no se fué al pueblo natal, sino que se instaló en la capital del Estado. Allí lo agasajaron, le

abrieron las puertas de los mejores salones y lo pusieron en los brazos de las mejores mujeres, durante las ardientes voluptuosidades del baile; cuando he aquí que una mañana el mozo humilde amaneció jefe de hogar, casado con una viuda tan linda como rica, y enlazado a una de las mejores familias de la decrepita villa.

Estos triunfos no quitaron a Juárez el deseo de otros nuevos. Al contrario. Cuando hubo saboreado las delicias de su nueva vida con toda la calma que le proporcionaban las riquezas de su adorable consorte, continuó con ahinco en el estudio, trazó nuevos planes y nuevas aspiraciones surgieron en su mente para los días del futuro. A los dos años dejaba el hogar para marchar a Caracas y aquí llegó una mañana de abril, entrando a ejercer a poco su profesión bajo los mejores auspicios.



* * *

El encuentro del ingeniero y de Carmen, tuvo bien pronto de parte de los padres de ésta una complicidad dolorosa. Sin conocer el origen de Manuel, ni sus costumbres, ni su estado, fué no sólo admitido sino que se le brindaron todas las ocasiones posibles para que se entendiese con ella.

Manuel Juárez no habría sido por sí solo capaz de intentar el asedio de esta plaza, pero provocado violentamente, primero; seducido, luego, por el brillo de la imprevisita aventura; cautivado, después,

por la belleza de la gentilísima dama; y cogido a última hora por la llama de una pasión desbordante, cuando comprendió que estaba procediendo en forma vituperable, yá no tuvo valor para confesarse casado y menos para separarse del círculo formidable en donde su juventud se estremecía agitada por los más encontrados sentimientos.

¿Qué hacer en semejante ocasión? Manuel sufría mil torturas y cuando por las noches llegaba a buscar a su dormitorio la tranquilidad en el sueño, permanecía largas horas con los ojos abiertos, dando vueltas en la cama, calenturiento el cuerpo y el cerebro lleno de infinitas desolaciones. Bien que su corazón honrado se rebelaba, comprendía al mismo tiempo que le faltaba la fuerza necesaria para huir del hechizo y abandonar el encanto de aquella ventana donde tantas veces había sentido correr por sus venas el fuego de los más intensos placeres.

La última noche de su estada en

Caracas, Manuel se dirigía como de costumbre a la ventana de Carmen, cuando el padre de ésta le cerró el paso y le presentó un telegrama. El ingeniero se quedó como herido por un rayo. Era un telegrama de su esposa, dirigido al padre de Carmen.

«Ruégole—decía—informar a mi esposo el Doctor Manuel Juárez que los niños y yo estamos buenos».

En este momento algunos deudos, informados por la familia de lo que ocurría, intervinieron para evitar un conflicto; y al día siguiente Manuel, herido en el corazón por la inesperada catástrofe, salía en el tren de las ocho para La Guaira a esperar el vapor que debía conducirlo en dirección de su lejana ribera. Víctima de sus propios errores y de la culpable indiferencia paterna, la muchacha infeliz lloró amargamente el terrible desengaño, la muerte de sus amores más vivos, el ajamiento inútil de sus duros contornos de


soltera y la mancha que en su reputación iba a caer por obra de las lenguas poco caritativas (naturalmente humanas!) de los amigos de la casa y vecinos de la parroquia.





PATRIA!

I

 LA casa, al pié del monte, en una de las vueltas del camino, era la admiración de los viajeros. Rodeada de jardines, embalsamada por el hálito fragante de las flores, la rústica vivienda ofrecía un aspecto encantador, llena de sana alegría, de agradables rumores, de movimiento activo y fuerte.

En torno los campos se exten-

dían en una maravillosa eclosión. Cantaban por valles y colinas, en un encadenamiento armonioso, los oscuros cafetales, los cañaverales opulentos y los bananales recién plantados, y en todas partes, desde el cerro distante, bordado de pequeños arbustos, hasta las tierras llanas, ricas de aromas y de brotes, se palpaba la actividad de una inteligencia creadora, de un esfuerzo decidido, de una voluntad firme puestos desde remotos días al servicio del trabajo.

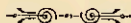
Los viejos campesinos del lugar contaban de aquellos encantadores sitios cosas de un interés excepcional. Decían que en tiempos yá lejanos el dueño de la finca, don Antonio Rivadavia, joven entonces de varonil gentileza, había llegado allí cuando aquello no era nada. La tierra, sin agua, no servía ni para refugio de fieras. El camino se alargaba por el cerro estéril, en la desolación de las breñas, sobre el yermo solitario. A trechos distantes uno que otro bo-

hío manchaba la monotonía salvaje de un horizonte sin vida, y sobre el cielo gris, siempre cubierto por nubes de tempestad, la banda de cuervos cruzaba en ronda fúnebre como presagio de muerte.

Leguas al norte una fuente límpida bajaba abundante y rumorosa fecundando otras riberas. Rivadavia pensó que esta fuente podía fertilizar la tierra inculta y hacer del erial triste un valle de amor y poesía. Fué a la ciudad y expuso su plan en todas partes. La gente lo miraba sonriendo y lo despedía con presteza, creyendo huir de fantásticos peligros. Pero no pertenecía aquel hombre a una casta de batalladores vulgares. De casa en casa, al fin encontró quien lo protegiera en su empeño, y unida así la voluntad con los recursos materiales, se comenzó la lucha, una lucha tenaz, poderosa, incomparable con la naturaleza y con los hombres. Al principio la ignorancia, tan atrevida como audaz, hacía burla de la empresa y comenta-

ba el proyecto con descaros inauditos. Sin duda que Rivadavia estaba loco; acaso intentaba enriquecerse con el trabajo ajeno. Aquél, sin embargo, con fe en su obra, miraba al porvenir sin hacer caso de los gritos de la turba. Pronto el trazo quedó hecho, saltaron en fragmentos las rocas que cerraban el camino y la ruta por donde en breve iba a correr la benéfica corriente, de hora en hora fué señalando un nuevo paso a los bulliciosos avances del progreso. El despecho, ahora, como lo había hecho al principio la inconciencia, despezó la zarpa y rugió delirante con mil gritos de odio y de pasión. Sobre la obra de un esfuerzo tan digno de respeto, la calumnia lanzaba sus traidores proyectiles y al trueno de siniestras invectivas parecía pulverizarse y rodar aniquilado el ensueño nacido en hora feliz, como una flor preciosa, del seno de la magna inteligencia. Empero, Rivadavia sonreía. La brecha estaba abierta y el agua re-

frescaba yá la tierra sedienta y ardorosa, despertando los gérmenes dormidos, reverdeciendo los campos con el suave crecer de los pimpollos y conmoviendo los senos fragantes de aquella naturaleza virgen con la savia de una nueva vida, que reventaba en estallidos gozosos, ponía reflejos de iris en los cuellos tornasolados de las palomas torcaces y llenaba de canciones los nidos recién alzados en medio de madre selvas y campánulas silvestres.



II

Hijo de uno de aquellos varones que en los días de la Independencia ofrendaron al ideal de patria todo cuanto poseían, Rivadavia se había levantado en un ambiente de familia propicio a los grandes pensamientos, a las aspiraciones dignas, a los sacrificios supremos. Por obra de su carácter y de su inteligencia clarísima, y por efecto de la educación recibida en un hogar consagrado por entero al culto de las más nobles virtudes, Rivadavia resultaba un tipo de hombre no común entre sus contemporáneos.

Dueño apenas de su valer personal, porque del patrimonio paterno no quedaba sino el recuerdo de una grandeza pasada, cuando ya libre por la mayoría se encontró

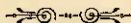
de manos a boca con la lucha brutal de la existencia, en un medio arto atrazado y corrompido, comprendió, a los primeros desengaños que tuvo, que su corazón era hecho para otra clase de empresas, que su cerebro estaba muy por encima de la mediocridad imperante y que su sistema nervioso estallaría, como un cordaje en su máxima tensión, tan luego como se le obligara a dar las notas de la escala acostumbrada en el concierto social.

Crejó entonces que en la tierra, en el seno generoso de la madre que nos dá amor y consuelos en la vida, y hasta un lugar de reposo cuando la muerte nos señala el camino de la eterna igualdad, encontraría, él, más que otro cualquiera, un campo de acción propio a su temperamento inflexible, a sus deseos de ejercitar las brillantes facultades que la naturaleza le había dado, a sus férvidos anhelos de lucha, pero de una lucha gallarda, sin asaltos traicioneros, sin em-

boscadas de esquina, si no brillante como la había presentado en sus ensueños de gloria, al menos digna de su estirpe legendaria y de los blasones heróicos de su nombre.

Fué entonces cuando acometió la empresa, coronada con el más completo éxito, de cultivar las tierras feraces que la ineptitud de sus coterráneos tenía en un perfecto abandono. Como aquellos moros insignes que llenaron de riqueza los campos de Granada con la agricultura y la industria, Rivadavia había hecho nacer la vida en derredor de su tienda. Pronto a la soledad y el silencio sucedió la alegría del trabajo, un vecindario numeroso creció en la extensión de los contornos y aquel lugarejo abandonado hasta entonces fué en adelante la admiración de las gentes. Y el autor de semejante prodigio, satisfecho de su obra, aislado en medio de los árboles que su esfuerzo había hecho crecer pomposamente, vivía allí, en su blanca casita poblada de rumores, de per-

fumes silvestres y mágicos gorgeos, con la satisfacción plena del que haciendo honesta labor logra alcanzar los laureles de los triunfos decisivos; del que huyendo de la mentira y el engaño encuentra en su peregrinaje doliente los encantos del amor en los brazos de la esposa y los besos de los hijos.



III

Como una vieja cumbre coronada de nieve, blanqueaba yá la cabeza de Rivadavia, cuando un día llegaron hasta el agreste retiro noticias alarmantes. El País, conmovido por una de tantas revoluciones infecundas, se agitaba en un estremecimiento de horror. La sangre corría a torrentes, los hogares gemían atribulados, se agotaban los negocios, quedaban paralizadas las industrias y por donde quiera se escuchaba un ronco clamoreo de muerte. Rivadavia permaneció silencioso e impassible. Había visto tantas revoluciones en su vida! ¿Qué le importaba la existencia ni la propiedad de esos hombres que así destruían el patrimonio común? El, eso sí, no movería ni una paja. Como sus

antepasades no iba a sacrificar ton-
tamente ni su vida ni sus grandes
intereses. Que vinieran en buena
hora a saquearlo, si querían, co-
mo lo habían hecho en múltiples
oportunidades. La tierra, al fin
y al cabo, quedaba, y él la volve-
ría a bordar con la pompa de los
mejores tiempos. Procuró poner
en seguros escondites los valores
de la casa, buscó refugio a los peo-
nes en lugares inaccesibles y lue-
go esperó sin alterarse el curso de
los acontecimientos. Bien sabía él
donde esconderse con los suyos si
llegaba a perseguirlo la saña de
sus gratuitos enemigos. Lo de-
más no le importaba un comino.

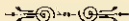
Mas sucedió que una tarde cam-
bió de horizonte la tragedia. La
revuelta intestina se convertía de
repente, por no se sabe que viejas
complicaciones, en asunto de ca-
rácter gravísimo con una nación
extraña. Algunas tropas habían
violado yá el territorio nacional,
atacado con furia las primeras de-
fensas y aniquilado las guarnicio-

nes sorprendidas. La ira ardía en todos los pechos contra el inícuo atentado y de todas partes corrían hombres, olvidados los propios enconos, a salvar el honor de la bandera.

Rivadavia, impasible hasta entonces ante los desastres más tristes, se conmovía de pronto y se tambaleaba estremecido y convulso. Las manos le temblaban, un sudor helado le humedecía la frente y los ojos le chispeaban como en los viejos días de su juventud florida. ¿Por qué? La indiferencia, el egoísmo, el orgullo, todas las pasiones de aquel corazón sincero, se fundían ante un solo sentimiento profundo: el sentimiento de la patria en peligro. Yá no era el desdeñoso señor que se lamentaba del desprendimiento patriótico que arruinara a sus mayores, sino el hombre de corazón bien puesto, que va al campo, fijos los ojos en un ideal excelso, con su noble ofrenda de bienes. La vieja sangre patricia desperta-

ba en sus arterias, hacía vibrar sus nervios y ponía palpitations extrañas en su espíritu. Y los años de larga labor gastados en cultivar la tierra y en acumular riquezas, se le representaban ahora no como tiempo perdido, sino como un escabel para realizar grandes cosas. Merced a esa constante labor sus fuerzas, lejos de aniquilarse, se conservaban intactas, y bajo sus blancos cabellos sentía bullir ardiente la juventud de su vida. Se le presentaba, pues, la ocasión de probar a los que lo habían desdeñado en un principio, a los que lo calumniaron después y a los que luego lo injuriaban torpemente, que si los desengaños lo llevaron un día a buscar en el aislamiento la calma reparadora que necesitaba su alma y en las rudas fatigas del trabajo material el ejercicio digno de las facultades que la naturaleza le había concedido con lujo, las virtudes que había recibido como preciada herencia con su nombre legendario no sólo no ha-

bían perecido por completo, sino que se habían depurado hasta convertirse en viva lumbre de gloria que irradiaría gentilmente sobre la frente de la patria en los días del porvenir.



IV

Es de noche. Llueve y truena. A la luz de los relámpagos los árboles, agitados por el viento, parecen fantasmas apostados a lo largo del camino. Las mujeres, a puerta cerrada, rezan en las casas o huyen en compañía de los ancianos y los niños. De vez en vez, los perros, furiosos, laten ante los hombres que pasan, con ruido de armas, al campamento cercano.

Las tropas invasoras, detenidas por las sombras, ocupan la altiplanicie de un cerro, pero al rayar la aurora seguramente continuarán la marcha. Es necesario, pues, impedirlo a todo trance. Pero ¿cómo? Los caminos para llegar a la cumbre están cortados por fuerzas superiores. Será preciso, entonces, sostener el terreno cuerpo

a cuerpo. Verdad que llegan refuerzos de momento a momento y que se espera por minutos la entrada de varias divisiones. Verdad también que en medio de la tormenta, y no obstante la oscuridad siniestra, se improvisan defensas, se abren zanjas, se levantan trincheras y se tienden alambrados. El asunto, sin embargo, no es resistir sino avanzar, hacer retroceder al enemigo y lanzarlo lejos del territorio de la patria. Pero ¿cómo? Por la falda del cerro, sobre el abismo, hay una vereda peligrosa. Subiendo por allí con algunos hombres resueltos sería tal vez posible sorprender al enemigo y destruir su artillería. Acaso aniquilarlo, combinando los ataques. Rivadavia, quien está desde temprano en el campamento, se ofrece para intentar el golpe. El conoce al detalle la vereda, y sus hombres, labradores de su finca, han pasado por allí más de una vez. Los relámpagos les servirán de antorchas, de acicate el noble sentimiento que los

guía y de apoyo las puntas afiladas de sus cuchillos monteses. Calculando el tardo curso del tiempo, los defensores debían atacar por tres puntos a la vez, al ruido de las primeras descargas. Rivadavia y sus hombres, fijo el pensamiento en Dios, avanzaron trabajosa pero resueltamente. Al cabo, la dificultad estaba vencida y ellos aparecían en la altura con la fiereza irresistible de una mesnada de leones.

—Fuego...! Fuego...!

Y cuando las primeras luces del alba cubrieron de rosas el oriente, mientras los clarines de la patria vibraban a lo lejos con una loca alegría de victoria, el cadáver de Rivadavia, sostenido contra una empalizada, en un campo de esterminio y de muerte, erguía la cabeza nívea y grave, aureolada por el sacrificio, semejante a la de un dios que hubiesen esculpido en mármol cinceles taumaturgos, como un símbolo del amor que no muere, (oh excelso amor de patria!), y que, albo y puro, se acrecienta en el

trabajo, en el dolor se magnifica,
resplandece ante el peligro y man-
tiene en el curso de los siglos el
fuego de la sacra libertad.

Caracas, julio de 1915.



INDICE

INDICE

	Pág.
A LOS LECTORES	5
EL DUENDE	9
EL ASALTO	21
UN TRIMESTRE ADELANTADO	33
LA REVANCHA	51
EL DESASTRE	61
EL FRUTO DE LA BONDAD	81
LO IMPREVISTO	95
EL PERDON	105
LA PAYANA	119
LA AFICION DE DON FERMIN	131
VÍCTIMAS DE LAS COSTUMBRES	145
PATRIA!	159